

UNIVERSIDAD DE ALMERÍA

MÁSTER EN ESTUDIOS DE GÉNERO, ESPECIALIZADO EN ARTE Y LITERATURA

LA SEXUALIDAD DE LOS GÉNEROS

CUERPOS ANDRÓGINOS BUSCAN SEXUALIDAD POLIMORFA



© Pierre Molinier, *Lφs Ambiguφs*, 1971

Sonia Chegrani Silva

Trabajo Fin de Máster realizado bajo la dirección de Rosa María Zapata Boluda

JUNIO 2013

La opinión común exige siempre que la sexualidad sea agresiva. Así, la idea de una sexualidad dichosa, dulce, sensual, jubilatoria, no se encuentra en ningún escrito. ¿Dónde leerla?

En la pintura o, aún mejor: en el color.

Roland Barthes, *Roland Barthes por Roland Barthes*, 1975

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Rosa Zapata Boluda, por haber aceptado de dirigir este trabajo, por su disponibilidad, su ayuda preciosa y sus palabras.

Al profesorado del Máster en Estudios de género especializado en Arte y literatura de la Universidad de Almería, por haberme proporcionado mucho: materia para desarrollar mi pensamiento y humanidad para florecer un poco más.

A mi padre y a mi madre, Franckie y Susana Chegrani, por la inspiración, por la vida y las risas compartidas, por su apoyo y su amor.

A mi familia española, por haberme acogido con tanto cariño, por su solidaridad y su alegría.

A Mariola Cruz Sánchez, por las reflexiones y las miradas fruncidas compartidas, por haberme hecho descubrir otra Almería y por su amistad.

A Mathias Schwab, por su apoyo psicológico, doméstico, intelectual, amoroso, infalible y dulce; por haber compartido conmigo esta aventura, por su presencia en mi presente.

ÍNDICE

PRÓLOGO	6
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I - LA SEXUALIDAD OFICIAL DE GÉNEROS BIPOLARIZADOS	12
I. LA SEXUALIDAD PATRIARCAL.....	13
1) <i>La Construcción sociocultural del género</i>	13
2) <i>La Construcción sociocultural de la sexualidad</i>	16
3) <i>El Heterocentrismo</i>	18
II. DESEO, PLACER Y GOCE DELIMITADOS	21
1) <i>Masculinidad patriarcal y heterosexualidad</i>	21
2) <i>Feminidad patriarcal y sexualidad pasiva</i>	23
3) <i>Consecuencias no exhaustivas de la socialización sexual</i>	25
III. EL SEXO EN EL SILENCIO DE LOS DISCURSOS	29
1) <i>Religión y culpabilidad</i>	29
2) <i>Salud sexual y normalización de la sexualidad</i>	31
3) <i>El Concepto de naturaleza y la sexualidad reproductiva</i>	33
CAPÍTULO II - EL POLIMORFISMO INTRÍNSECO DE LA SEXUALIDAD	36
I. LA INTERIORIZACIÓN CORPORAL DE LAS NORMAS SEXUALES SOCIALES.....	37
1) <i>Cuerpos modelables y orientados</i>	37
2) <i>La Educación sexual</i>	40
3) <i>La Pornografía</i>	42

II. TEORÍA VERSUS PRÁCTICAS – SEXUALES.....	45
1) <i>La Sexualidad en prácticaS</i>	45
2) <i>La Homosexualidad por el prisma del género</i>	47
3) <i>Bisexualidad, autoerotismo y masturbación</i>	49
III. CONSIDERACIÓN SEXUAL Y PSICOANÁLISIS	51
1) <i>Libido única y bisexualidad originaria de seres polimorfos</i>	51
2) <i>Falo y vagina, y ano</i>	54
3) <i>Androginia y transgenerismo</i>	57
CAPÍTULO III - CUERPOS ANDRÓGINOS BUSCAN LIBERTAD IDENTITARIA Y SEXUAL	60
I. LA COMPLEJIDAD DE LA IDENTIDAD SEXUAL	61
1) <i>Identidad sexual, identidad de género</i>	61
2) <i>La Identidad sexual orientada hacia la/el otrø</i>	63
3) <i>La Expresión sexual de la identidad</i>	65
II. ACTIVISMO FEMINISTA, LESBIANO, GAY, BISEXUAL Y TRANSGÉNERO (LGBT).....	67
1) <i>Activismo y liberación sexual</i>	67
2) <i>Hombres y feminismo: ¿hacia el generoísmo?</i>	69
3) <i>El Matrimonio para todø</i>	71
III. LIBERTAD, IGUALDAD, SEXUALIDAD	74
1) <i>Liberarse antes de querer alcanzar la libertad</i>	74
2) <i>Deseo, placer y goce de-limitados</i>	77
3) <i>La Liberación de la sexualidad como revolución moral y política</i>	78
CONCLUSIÓN	81
BIBLIOGRAFÍA	84

PRÓLOGO

Estudiar el concepto de género fue para mí una revelación. De repente, tenía palabras para nombrar sentimientos confusos que siempre había sentido; de repente, tenía material para construir un pensamiento sobre la identidad mucho más libre, y pertinente. Educada en un entorno abierto en cuanto a las consideraciones de género, en una sociedad francesa relativamente abierta también, pude hacer estudios superiores, jugar al rugby, bailar, escribir, vestirme más o menos como quería, estar considerada tan fuerte como frágil y sobre todo, sentirme libre. Antes de poder nombrarlos, no me había fijado en los mecanismos que el patriarcado ambiente había inscrito irremediabilmente en mi cuerpo, en mis reacciones y sentimientos, en mi manera de considerar a la otra, al otro y a mí misma. Sentía un malestar difuso cuando me encontraba en situaciones que ahora llamo de género, pero me faltaba claves de comprensión, me faltaba armas pacíficas de oposición. Estudiar el género me abrió un nuevo prisma de visión que enriqueció mi realidad. Empecé entonces a entender mejor algunos gestos de mi madre, mi padre, aún más de mis abuelos, mis relaciones con los hombres, mis relaciones con las mujeres, los libros que me había apropiado, mi sociedad, la filosofía.

Pero estudiar el género también me dejó con dos reflexiones obnubilantes. La primera, es que faltaban los hombres. Puede parecer paradójal ya que estudiando el engranaje patriarcal me había encontrado rodeada de hombres, hombres, tantos hombres. Pero estaban casi siempre del mismo lado, del lado del patriarcado. ¿Dónde estaban los hombres luchando también contra la imposición de su identidad de género? ¿Dónde estaban los hombres feministas? Creo que aquí está el límite del feminismo actual: faltan los hombres, los otros hombres, esos con los cuales se puede construir la igualdad. Porque rechazar a los hombres, no ser capaz de considerarlos fuera de relaciones sensuales y sexuales participa del mismo movimiento de bipolarización que sostiene el patriarcado: alejarlos como las mujeres han sido alejadas, para evitar de considerarlos como iguales. Pienso incluso que así será la cuarta ola del feminismo: una ola que incluye a los hombres, que lucha contra las discriminaciones de género para todos, que a lo mejor ya no se llamará feminismo, ya que es un término muy femenino, pero que lo incluirá. De hecho, no discuto la necesidad de las olas de feminismo precedentes, aunque no estoy de acuerdo con todo; había primero que sacar a las

mujeres del silencio antes de poder empezar una conversación. Trataré poco de este tema en mi ensayo, porque pues he tenido que elegir un sujeto, pero me parece importante plantearlo.

La segunda reflexión que me obnubiló poco a poco es el cuadro sexual en el cual se desarrollaba mayoritariamente el pensamiento patriarcal que estaba estudiando. Aunque no estuviera planteada, la norma era pensar en términos de heterosexualidad. Todas las relaciones destacadas entre hombres y mujeres eran heterosexuales. ¿Por qué tendría que ser la norma heterocentrada? ¿Por qué faltaba en el paisaje la mitad de mis amigos? Entonces, empecé a imaginar una sociedad sin orientación sexual presupuesta, una sociedad en la cual cuando alguien te pregunta si tienes novio, no presupone que si eres mujer será un hombre y si eres hombre será una mujer, sino sólo una persona, cual sea su sexo, cual sea su género, cual sea su sexualidad, que amas. Entonces entendí: en esta sociedad ideal no podría desarrollarse el patriarcado tal como lo conocemos. Si había tantas parejas del mismo sexo como de sexos distintos, muchas de las situaciones que generan desigualdades de género no existirían o serían diferentes: el tema del reparto de las tareas domésticas por ejemplo no podría ser sexuado, las relaciones de poder se equilibrarían necesariamente de otra manera, los esquemas familiares no serían tan uniformes. De hecho, en una sociedad sin orientación sexual delimitada no habría lugar para el patriarcado, porque el patriarcado es fundamentalmente heterosexual, fundamentalmente heterocentrado.

La reflexión que quiero desarrollar y compartir en este ensayo cuestiona entonces el vínculo establecido entre género y sexualidad, su complementariedad dada en la construcción sociocultural de las identidades en las sociedades patriarcales en las cuales vivimos. También quiero destacar la creencia peligrosa que representa la consideración de la heterosexualidad como una expresión de la naturaleza y la necesidad urgente de salir de una lógica heterocentrada si queremos avanzar un poco más hacia valores como la dignidad, la igualdad, la libertad y la felicidad humanas. En este ensayo, intentaré por lo tanto demostrar los mecanismos que llevaron a tal limitación de las sexualidades e identidades humanas y cuestionarlos gracias al polimorfismo visible de nuestras prácticas, a la psicoanálisis, a la filosofía, a la sociología, a la sexología, al buen sentido, gracias sobre todo al fundamento cultural de la humanidad. En último lugar, me permitiré interpretar el mundo, las identidades y sus sexualidades por un nuevo prisma: el de una posible revolución moral y política, que si

todavía tarda en llegar a nuestras sociedades enculturadas, injustas y desequilibradas, está ya ocurriendo en mi cabeza. Hay que empezar en algún lugar. Y también guardar esperanza, a pesar de los ataques incesantes del lado más negro de cada realidad, el que se ve sin querer comprenderlo; a pesar de las desilusiones y de las puertas que se quedan obstinadamente cerradas; a pesar de la linealidad cronófaga; a pesar también de lo que Pierre Bourdieu llama *la paradoja de la doxa*:

La verdad es que nunca he dejado de asombrarme ante lo que podría llamarse la paradoja de la doxa: el hecho de que la realidad del orden del mundo, con sus sentidos únicos y sus direcciones prohibidas, en el sentido literal o metafórico, sus obligaciones y sus sanciones, sea grosso modo respetado, que no existan más transgresiones o subversiones, delitos y «locuras» (basta con pensar en el extraordinario acuerdo de millares de disposiciones – o de voluntades – que suponen cinco minutos de circulación en coche por la plaza de la Bastille o de la Concorde); o, más sorprendente todavía, que el orden establecido, con sus relaciones de dominación, sus derechos y sus atropellos, sus privilegios y sus injusticias, se perpetúe, en definitiva, con tanta facilidad, dejando a un lado algunos incidentes históricos, y las condiciones de existencia más intolerables puedan aparecer tan a menudo como aceptables por no decir naturales.¹

¹ Pierre Bourdieu, *La Domination masculine*, Éd. du Seuil, coll. Points, Paris, 1998, p. 11

INTRODUCCIÓN

Pocos temas despiertan tanta ansiedad y tanto placer, tanto dolor y tanta esperanza, tantas discusiones y tantos silencios, como las posibilidades eróticas de nuestros propios cuerpos.²

La sexualidad es un lugar muy particular: un lugar atemporal en el cual parece desaparecer la noción de espacio tiempo, un lugar profundamente íntimo en el cual la soledad interior de unϕ se mezcla con la relación más fuerte y cercana que se puede tener con otrϕ, el lugar en el cual el cuerpo expresa espontáneamente su identidad y el primer lugar en el cual se desarrolla la creatividad intrínseca del ser humano. La sexualidad así se revela ser un espacio privilegiado de estudio de la identidad, o más bien, de la construcción de la complejidad identitaria.

¿Qué es la complejidad? (...) La complejidad es un tejido (complexus, lo que está tejido junto) de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: plantea la paradoja del Uno y del Múltiple.³

De hecho, la identidad siempre es compleja y es primordial. Es el dato singular de reconocimiento que establece el ser humano como individuo. Cada tejido identitario es único, pero su proceso de construcción y los elementos que lo componen pueden ser estudiados. Y entre estos *constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados* está el género, o más bien, los géneros. Porque la identidad es tanto más compleja que une el/la Unϕ y el Múltiple, el femenino y el masculino, el Yo y el/la Otrϕ, sabiendo que la/el otrϕ es otrϕ que yo, pero sé que es también otrϕ yo.

Si la identidad y su sexualidad son temas tan singulares como universales, también están fundamentalmente e inseparablemente vinculados con el entorno en el cual se desarrollan, que constituye su paisaje, con el horizonte a lo lejos. Es importante precisar aquí que el presente ensayo tiene lugar en el entorno occidental, que también es tan particular como universal, dependiendo de sus campos de aplicación. Entre sus características, aquí tristemente, universales está el patriarcado. El patriarcado es el

² Jeffrey Weeks, *El Malestar de la sexualidad, Significados, mitos y sexualidades modernas*, Ed. Talasa, col. Hablan las mujeres, Madrid, 1993, p. 11

³ Edgar Morin, *Introduction à la pensée complexe*, Éd. ESF, Paris, 1990, p. 21

sistema ideológico androcentrado que rige presentemente y desde la noche de los tiempos conocidos las sociedades humanas, un sistema que postula la dominación de lo masculino sobre lo femenino y la bipolarización de los mismos. En este entorno patriarcal se destaca el fundamento binario de la ideología reinante, que no sólo opone los géneros sino también las prácticas sexuales, particularmente la heterosexualidad y la homosexualidad. Porque el patriarcado no sólo es una ideología androcentrada, sino también heterocentrada. La ideología patriarcal sobre todo, además de constituirse entorno social, está incorporada en las interioridades como componente de la identidad humana, apropiada sin querer, ya que el entorno también es parte de la identidad. Por lo tanto, cuestionar el pensamiento binario no sólo consiste en cuestionar algo exterior al ser, sino también un fenómeno interior y difuso, cuestionarse a sí mismo, asombrado, como Pierre Bourdieu:

Siempre he visto en la dominación masculina, y en la manera en la que se ha impuesto y soportado, el mejor ejemplo de aquella sumisión paradójica, consecuencia de lo que llamo la violencia simbólica, violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento.⁴

¿Por qué es el patriarcado un aspecto fundamental para entender la construcción sociocultural de las identidades? ¿En qué podemos vincular los procesos de desarrollo de la identidad y de la sexualidad en nuestras sociedades? ¿Cómo influye el concepto de género sobre estos mismos procesos tanto en sus limitaciones como en sus posibilidades?

Este ensayo pretende restablecer la complejidad de género, que incluye tanto lo femenino como lo masculino en cada ser humano; pretende cuestionar el pensamiento binario que opone homosexualidad y heterosexualidad, para finalmente poner en tela de juicio el concepto de naturaleza en la sexualidad y pensar la sexualidad en términos culturales. Así, empezaremos por destacar lo que podemos considerar como la

⁴ Pierre Bourdieu, opere citato, pp. 11-12

sexualidad oficial conveniente según el género decidido, sus consecuencias sobre el desarrollo singular de las identidades y sus raíces, desde el peso religioso hasta la normalización científica. Constataremos entonces como el concepto de género no sólo está establecido según consideraciones sobre el sexo de la persona, sino también sobre su sexualidad. Las identidades y sexualidades son constructos culturales, compuestos de diversas consideraciones sobre el sexo, el género, la sociedad, la herencia familiar y la humanidad, de forma que también son los resultados de ciertos procesos de construcción y reproducción que permiten la educación y la socialización, tan potentes como cuestionables.

Oponiendo entonces esta teoría ideológica influyente a la diversidad de las prácticas y de las identidades humanas, devolveremos a la sexualidad su polimorfismo, la necesidad de estas prácticas e identificaciones variadas para representar las posibilidades infinitas de la humanidad. Deconstruiremos la uniformidad postulada de las aplicaciones de la humanidad al ser, tanto como el concepto de normalidad o de naturaleza improcedente, para llegar a entender un ser humano ante todo definido por su cultura, un ser intrínsecamente cultural. Finalmente, destacando esta complejidad cultural tan fundamental como contingente para la comprensión de la humanidad, nos fijaremos sobre los muchos avances que ya han tenido lugar y que siguen actuando, reaccionando ante lo injusto, lo intolerable y hacia ideas igualitarias permitiendo acercarse de un sentimiento de libertad. Desencadenados en nuestros nuevos cuerpos andróginos, que se piensan más en términos de movimientos instantáneos, efímeros y existenciales que de elecciones intangibles, podremos entonces proyectar lo que realmente significaría la liberación de la sexualidad, como se vincula simultáneamente con una revolución moral y política y como liberaría al ser humano en su esencia, o más bien, en su existencia. De hecho:

*La existencia precede a la esencia.*⁵

⁵ Jean-Paul Sartre, *L'Existentialisme est un humanisme*, Éd. Gallimard, coll. Folio/Essais, Paris, 1996, p. 31

CAPÍTULO I
LA SEXUALIDAD OFICIAL DE GÉNEROS BIPOLARIZADOS

LA SEXUALIDAD PATRIARCAL

Tanto la construcción sociocultural del género como la construcción sociocultural de la sexualidad parecen responder a una lógica bipolarizada y jerarquizada. Están de hecho vinculadas con el sistema ideológico del patriarcado en el cual tienen lugar, que es tan androcentrado como heterocentrado.

La Construcción sociocultural del género

El concepto de género es un constructo cultural de bipolarización social. El sentimiento de género es el resultado de la acción cultural societal sobre la identidad sexual de los seres. Es una dimensión profundamente social de la identidad. Christine Delphy lo llama *sexo social*,⁶ Pierre Bourdieu habla de un *habitus*⁷ de género, una forma de comportarse siguiendo normas y reglas diferentes según el género. El género finalmente participa de la construcción de un sistema de normas tendiendo a la uniformidad, postulando más o menos la preponderancia de masculinidad en lo masculino y la preponderancia de feminidad en lo femenino, bipolarizando la identidad sexual y excluyendo lo aleatorio, lo mixto, lo paradójal, lo complejo, lo humano. Lo que está considerado como fuera de la clasificación oficial está entonces juzgado como anormal: bajo la dominación religiosa quemaron a esas personas reivindicativas, ahora que predomina lo científico están consideradas como enfermas, se habla de patologías. Las normas de género están vehiculadas por la educación en la construcción y reproducción social, así que construir su identidad fuera de estas prerrogativas culturales de sexo y de las expectativas que generan, no es una tarea fácil.

El dominio del género es una presencia que pertenece (...) al orden mudo de las cosas, que contamina nuestra percepción del cuerpo, de las relaciones sociales y

⁶ Christine Delphy, *L'Ennemi principal II, Penser le genre*, Éd. Syllepse, coll. Nouvelles questions féministes, Paris, 2001

⁷ Pierre Bourdieu, op. cit.

*nuestros deseos más profundos. Sin embargo, insisto, el género, además de gradación y matices, tiene contexto.*⁸

De hecho, la construcción del concepto de género se desarrolla en un entorno sociocultural particular y variable de sociedad en cultura. Basta con estudiar las sociedades de Los Arapesh, los Mundugumur, los Chambuli en Nueva Guinea – como lo hizo la antropóloga Margaret Mead en 1935; o de los Nadles Navajos de América del Norte, Los Azandes del África oriental, Los Kaulongs de Nueva Bretaña; para poner en tela de juicio la supuesta universalidad de las consideraciones y de los roles de género. No existe una norma universal innata, vinculada con una acepción reproductiva de la sexualidad, que definiría prerrogativas y expectativas unánimes de género.

*Si comportarse masculina o femeninamente varía según las culturas, eso obliga a concluir que ser «hombre» o ser «mujer» es un aprendizaje, un adiestramiento, todo un estilo de vida que implica cambios diferentes en la manera de vestir, de moverse, de peinarse, de gesticular, de mirar y de relacionarse con los otros e, incluso, de conceptualizar el cuerpo.*⁹

Ya se ha demostrado que los roles de género presupuestos por las sociedades que los acogen no tienen nada de una estructura inalterable, sino más bien que dependen de un sistema de valores vinculados con mitos culturales, de un conjunto de expectativas sociales que establecen, más o menos abiertamente, las normas de comportamiento de los individuos según su sexo. Y este conjunto de expectativas varía de cultura en cultura. Cada sociedad construye sus propias normas, lo que bien significa que las normas son subjetivas, decididas, modificables.

Una de las ideas principales y originales del feminismo es por lo tanto de separar el género del sexo para destacar la base cultural del constructo, para separarse del concepto de naturaleza. De cierta manera, el concepto de género comprueba la consideración fundamentalmente cultural del sexo, permite salir de la naturaleza y entrar en la cultura. Abandonar el tema del sexo para focalizarse sobre el género dejó una área de juego para los enamorados integristas de la naturaleza, aunque los sexos tampoco son inalterables, ni tienen una relación innata o definida con sus géneros

⁸ Olga Viñuales Sarasa, *La Cadena simbólica, Relación entre sexo, género, prácticas sexuales y orientación sexual*, 2008, p. 12

⁹ Olga Viñuales Sarasa, op. cit., p. 7

asociados. Pero el pensamiento feminista destacó el hecho crucial de que la mayoría de las diferencias presupuestas entre mujeres y hombres están diseñadas por las instituciones sociales perpetuando desigualdades de género. Finalmente, el análisis de la construcción social de la identidad de género rechaza necesariamente la dualidad femenino/masculino, ya que sólo son constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados, ya que en la identidad de cada individuo se mezclan elementos femeninos y elementos masculinos, en diversas proporciones.

El concepto de género, como todos los conceptos cerrados, no puede contener la complejidad de su aplicación singular, de su aplicación concreta. La noción de género en fin permite nombrar una realidad cultural, designar una tendencia y entonces tener la posibilidad de cuestionarla. Dibujando una sociedad ideal e igualitaria, los seres tendrían derecho a su complejidad identitaria, podrían pensar de otra manera que en binario. Más que un derecho a la diferencia, que lleva a extremos y jerarquización y porque es parte de la condición humana de ser diferente e igual, el objetivo es la superación de los géneros. El género no tendría que ser nada más que una dimensión apropiada de la identidad personal, un proceso interpersonal de autoconciencia, libre de ordenarse con los datos propuestos según el sentimiento, el pensamiento y el tiempo. Pero la concepción patriarcal del género está tristemente bien anclada, no sólo en una cierta concepción del sexo sino también de la sexualidad, o mejor dicho de la heterosexualidad. La división sexual del trabajo por ejemplo es elocuente y afligente: de hecho, se constata que las lesbianas suelen tener remuneraciones un poco superiores a las mujeres heterosexuales, cuando los hombres homosexuales suelen tener remuneraciones un poco inferiores a los hombres heterosexuales. En el concurso de talento del patriarcado, la gran ganadora es la masculinidad y la primera dama de honor, la heterosexualidad.

El género no sólo es una identificación con un sexo: además implica dirigir el deseo sexual hacia el otro sexo. (...) La supresión del componente homosexual de la sexualidad humana, y su corolario, la opresión de los homosexuales, es por consiguiente un producto del mismo sistema cuyas reglas y relaciones oprimen a las mujeres.¹⁰

¹⁰ Gayle Rubin, «El Tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo», *Revista Nueva Antropología*, Vol. VIII, n°30, México, 1986, p. 115

La Construcción sociocultural de la sexualidad

La sexualidad humana es un conjunto de prácticas sexuales, tan diversas como las identidades que expresa. Si la sexualidad permite al ser humano reproducirse, la reproducción no es la finalidad última de la sexualidad (ni del ser humano), sólo una elección posible, un placer más, el placer de la creación de una vida compartida con otra persona. La sexualidad es un espacio fundamentalmente vinculado con la creación – más bien que con la (re)producción; el primer espacio de creación humana, de creación instantánea y efímera tan sensual como erótica, una performance, creadora de sentimientos de intimidad, de deseo, de placer, de goce, de libertad. La sexualidad es la expresión sensual y sexual de la identidad. De hecho, varía de individuo en cultura, de época en momento. Las prácticas eróticas son tan diversas como la diversidad de personalidades, de historias, de costumbres, de valores, de creencias y de representaciones sexuales que las generan. La cultura es intrínsecamente vinculada con el desarrollo y la expresión de la sexualidad del ser humano, tanto como su entorno que como una parte identitaria del ser enculturado y sexuado. Cada persona, cada cuerpo se torna sexual dentro de una cultura social.

En su entorno sociocultural particular, la sexualidad así deriva de las nociones de sexo y por lo tanto de género, ya que la expresión sexual contiene la representación tanto individual como colectiva de la sexuación del ser. Por supuesto la sexualidad es compleja y ni a cada sexo, ni a cada género corresponde una sexualidad, sino que se expresa en los comportamientos sexuales la complejidad de las identidades culturalmente construidas. La sexualidad finalmente es tan femenina como masculina, es un espacio único de placer compartido, un espacio de expresión corporal.

Nuestros cuerpos son demasiado complejos para proporcionarnos respuestas definidas sobre las diferencias sexuales. Cuanto más buscamos una base física simple para el sexo, más claro resulta que «sexo» no es una categoría puramente física. Las señales y funciones corporales que definimos como masculinas o femeninas están ya imbricadas en nuestras concepciones del género.¹¹

De hecho, las consideraciones de género influyen directamente sobre las prácticas

¹¹ Anne Fausto-Sterling, Traducción de Ambrosio García Leal, *Cuerpos sexuados, La Política de género y la construcción de la sexualidad*, Ed. Melusina, Santa Cruz de Tenerife, 2006, p. 19

sexuales, se incluyen en ellas, así como las posibilidades vinculadas al sexo biológico que genera emociones tan diferentes como enculturadas, ya que la propia elección de criterios para intentar determinar un sexo, y ante de eso, la voluntad misma de determinarlo, dependen de decisiones sociales. La sexualidad también es una práctica social. Ahora bien la consideración social siempre necesita categorizaciones, aunque simplistas, aunque reductoras, aunque opresivas. Así empiezan a teorizarse las prácticas sexuales, a definirse, a orientarse, hasta, en las sociedades patriarcales, principalmente fijarse en el órgano sexual de los participantes.

En la sociedad patriarcal, la norma establecida es la sexualidad entre sexos opuestos, entre géneros opuestos, encajándose, complementándose, reproduciéndose. La homosexualidad tanto como la bisexualidad están consideradas como prácticas degeneradas o contingentes, pasajeras, ya que no entran en la norma establecida. El patriarcado así genera desigualdades y discriminaciones en la sexualidad, drásticamente reduciendo y bipolarizando sus expresiones y rechazando sus puntos de encuentro. Pero la heterosexualidad, tanto como la homosexualidad o la bisexualidad, no constituye una sola práctica sino una diversidad de prácticas, de movimientos y sobre todo, estas categorías sexuales necesariamente se cruzan, se mezclan, se asocian. Luchar contra estas desigualdades y simplificaciones opresivas otra vez no sólo significa combatir un dato exterior, sino deconstruir un sistema de signos y simbolismos complejo que también está inscrito en las interioridades identitarias, en la parte de identidad social que socializándose necesariamente se somete:

El ser humano vive en sociedad y se desarrolla a partir del sometimiento, la reiteración y la identificación con una serie de normas que a su vez lo constituyen. El relato sobre la emergencia del yo es circular, la relación entre él y el objeto es de continua ida y vuelta, y no parece posible hablar ni de identidades, ni de igualdades naturales.¹²

La sexualidad, como la identidad que expresa, está sometida a su propia limitación, su propia enculturación, que también permite su humanidad. Y las palabras que nombran también representan, y se incorporan en los sentimientos. Pero las definiciones siempre son cuestionables, siempre pueden reinventarse, llevando en su nuevo paisaje cultural a

¹² Gemma Vicente Arregui, «Sobre identidades naturales y diferencias culturales», *Thémata Revista de filosofía*, nº89, Sevilla, 2007, p. 293

la/al otroϕ. De hecho, el ser necesita relacionarse, enculturarse, pero cuestionando la cultura que lo constituye. Porque la identidad y su sexualidad, como el ser humano, son profundamente, intrínsecamente y fundamentalmente culturales.

*El sexo natural, como el sujetador natural, representa una contradicción en los términos. El acto sexual humano es un producto de personalidades y destrezas individuales, y de los guiones de nuestro propio tiempo. Como un sujetador, conforma a la naturaleza de acuerdo con algo concebido para fines humanos y que refleja una moda actual.*¹³

El Heterocentrismo

El patriarcado es un sistema ideológico que sólo puede desarrollarse en un entorno heterosexual. Desde ahí, se construyen las cadenas de su engranaje, sus concepciones de sexo, de género. Tal como lo subrayaron Freud, Simone de Beauvoir y muchos feministas contemporáneos, el concepto de género así se origina, estabiliza y desarrolla según un posicionamiento heterosexual. Monique Wittig, en cuanto a ella, destaca el carácter heterosexual del contrato social, inscrito en *el estructuralismo y el inconsciente estructural*¹⁴ tanto de las sociedades como de las identidades, llegando a crear así un *pensamiento heterocentrado*¹⁵ sosteniendo la idea que la heterosexualidad es una evidencia sexual, la única sexualidad admisible o al menos, la mejor. Lo prueba el hecho de que la palabra heterosexualidad no existía antes de que se hablara de homosexualidad – a comienzos del siglo XX; porque, *caía tan por su propio peso que ni siquiera tenía nombre*.¹⁶ El patriarcado así es un contrato social heterosexual, construido según un pensamiento en binario que esconde la infinidad de posibilidades y diversidades complejas, paradójales, contradictorias y armoniosas de las identidades y de su propia sexualidad.

¹³ Leonore Tiefer, *El Sexo no es un acto natural, y otros ensayos*, Ed. Talasa, col. Hablan las mujeres, Madrid, 1996, p. 133

¹⁴ Monique Wittig, *El Pensamiento heterocentrado*, 1978

¹⁵ Monique Wittig, *ibidem*

¹⁶ Monique Wittig, *A propósito del contrato social*, 1987

Las relaciones de poder establecidas como normas por el patriarcado y postulando la dominación de lo masculino sobre lo femenino y de lo heterosexual sobre lo homosexual, no sólo se desarrollan en el espacio público sino también en la esfera privada, en lo íntimo, inscritas en los gestos espontáneos del cuerpo. De modo que el patriarcado genera efectos controladores y limitantes a la vez sobre la diversidad de la sexualidad humana, y sobre la sexualidad considerada como femenina, que sea practicada por mujeres o por hombres, ya que sólo es una característica compartida de género. Además, el patriarcado desarrollado en sociedad se impone y se justifica gracias al rechazo, rechazo de todo lo que no encaja en sus normas, lo que Gerard Coll-Planas llama *la suciedad patriarcal*:¹⁷ todo rasgo sexual y sexualizado que no entra en la categorización bipolarizada de géneros unilateralmente definidos y heterocentros – los bisexuales, las lesbianas, los gays, los transgéneros, para no entrar en más detalles. El patriarcado así no sólo genera desigualdades sino también normaliza un racismo sexual.

Cuestionando la normalidad de la norma sexual patriarcal, es muy interesante constatar cuántos aprensiones, discursos, culpabilizaciones y temores genera el respeto de esta norma. Es tan natural ser heterosexual que hay que tener mucho cuidado de bien serlo, de no alejarse, de no perderse lejos de la sexualidad consagrada. El patriarcado postula la heterosexualidad como innata, pero con cuidado y rigor:

*La paradoja que ha perdurado hasta nuestros días: la heterosexualidad es natural, pero debemos alcanzarla; es inevitable pero está sometida a un peligro constante, es espontánea, pero de hecho debemos aprenderla.*¹⁸

Esta paradoja prueba alegremente el engaño que siempre se esconde detrás de lo que se llama innato, en un entorno necesariamente cultural. La heterosexualidad no es más innata que la homosexualidad; tanta la una como la otra y otras más, son prácticas, construcciones sexuales dependiendo de factores tan diversos como individuos y culturas, posibilidades y barreras íntimas, dependiendo tanto del/de la uno como de la/del otro, ya que no hay relaciones sexuales sin relaciones humanas. Encerrar la sexualidad humana en cajas bipolarizadas y jerarquizadas finalmente sólo procede de una limitación voluntaria de las posibilidades creativas del ser, que no necesita

¹⁷ Gerard Coll-Planas, *La Voluntad y el deseo, La Construcción social del género y la sexualidad: el caso de lesbianas, gays y trans*, Ed. Egales, Barcelona/Madrid, 2010, p. 85

¹⁸ Jeffrey Weeks, op. cit., pp. 145-146

categorizarse para gozar, que puede amar y hacer el amor sin hilo rojo, ni rosa o azul, ya que la sexualidad es una explosión de colores – pintada ni por dos sexos ni por dos géneros, sino por dos individuos complejos y libres. Siguiendo el pensamiento hecho ya máxima del Castor:

*No se nace mujer, se llega a serlo.*¹⁹

Pues tampoco se nace heterosexual, se llega a serlo.

¹⁹ Simone de Beauvoir, *Le Deuxième sexe*, Vol. 2, Éd. Gallimard, Paris, 1965, p. 13

DESEO, PLACER Y GOCE DELIMITADOS

La normalización de una sexualidad oficial en la sociedad patriarcal contribuye a definir los límites de género, contribuye a llenar los conceptos de masculinidad y de feminidad para que bien se incluyan en una cierta sexualidad. Así delimitando el deseo, el placer y el goce de los individuos, la opresión generada necesariamente tiene consecuencias no exhaustivas sobre la sexualización social.

Masculinidad patriarcal y heterosexualidad

La masculinidad, tal como está definida por el patriarcado, está forzosamente vinculada con la heterosexualidad; ser heterosexual basta para probar la masculinidad de un hombre. Por lo tanto, la masculinidad según el patriarcado no sólo está compuesta de una preponderancia de rasgos establecidos como masculinos, sino también de ciertas prácticas sexuales, heterosexuales. Ser un hombre en este esquema se define ante todo por la negación: ser un hombre es no ser una mujer, ser un hombre es no ser un homosexual:

En nuestra civilización domina la idea de que uno es realmente un hombre si prefiere las mujeres. Como si poseer una mujer fortalecería la alteridad deseada alejándose del espectro de la identidad: «tener» una mujer para no «ser» una mujer. Para algunos, el sólo hecho de no ser homosexual es ya una garantía de masculinidad.²⁰

La posesión es un dato muy importante de lo masculino potente. Además, el concepto de feminidad está violentamente rechazado, empaquetado y alejado lo más lejos posible por la masculinidad tradicional. Pero alterar los rasgos considerados como femeninos, es rechazar una parte de su propia identidad. Se necesita fuerza para enfrentarse con la complejidad de su identidad y las emociones que genera. Considerar a las mujeres como únicas depositarias de la feminidad y a los hombres como únicos depositarios de la

²⁰ Élisabeth Badinter, *XY De l'identité masculine*. Éd. Odile Jacob, coll. Le Livre de poche, Paris, 1992, p. 148

masculinidad es ridículo. Se dice que lo femenino es débil cuando lo masculino es fuerte, que lo femenino es sentimental cuando lo masculino es racional, que lo femenino es bello cuando lo masculino es inteligente, que lo femenino gira hacia los otros cuando lo masculino es girado hacia él mismo. ¿Es que los hombres no tienen debilidades o emociones? ¿Es que los hombres no pueden ser bellos o preocupados por los demás? E inversamente. Los estereotipos son imágenes muertas, que no se pueden aplicar a escala humana.

Huir la parte llamada femenina que necesariamente se desarrolla en toda identidad, y antes de eso elegir de considerarla como femenina, parece participar de un temor engendrado por ciertos rasgos humanos, como la debilidad intrínseca de la condición humana, el peligro de los sentimientos, la necesidad de los otros. El patriarca, en su disfraz de hombre de mármol, piensa poseer y proteger una mujer débil y emotiva, cuando se protege en el mismo movimiento de lo que prefiere llamar alteridad – huyendo de la complejidad, tan fuerte como débil, de su propia identidad. El rechazo de la homosexualidad procede del mismo razonamiento, ya que los hombres homosexuales están considerados por el pensamiento patriarcal como más femeninos que los otros.

*La masculinidad o la identidad masculina se logra mediante el rechazo de la feminidad y de la homosexualidad. Tanto la violencia masculina contra las mujeres, como el tabú contra la homosexualidad masculina, pueden ser entendidos como efectos de este frágil sentido de identidad, cuyas raíces están en los traumas psíquicos de la infancia (durante los cuales los niños deben romper su identificación con las mujeres a fin de convertirse en «hombres»).*²¹

La masculinidad tradicional aplicada al pie de la letra así es intrínsecamente homófoba. Se esconde detrás del odio porque admitir otra posibilidad sexual cuestionaría fundamentalmente su identidad, su identidad tan frágil e inestable ya que se basa sobre mitos incompatibles con la condición humana.

Si lo masculino es lo más valorizado y entonces privilegiado en el patriarcado, tampoco significa que sea lo más feliz. Y ¿qué otra meta que la felicidad puede tener seriamente la humanidad? De hecho, los depositarios de la masculinidad consagrada, es decir los hombres (heterosexuales), están tan encerrados como los otros en sus expectativas de género. Supuestos duros, fuertes, insensibles y violentos, en el ámbito

²¹ Jeffrey Weeks, op. cit., p. 302

sexual por ejemplo la primera norma masculina es la confianza en sí mismo. Y lógicamente, ya que la confianza es un concepto muy aleatorio por no decir imposible para el ser humano – que pase lo que pase morirá; esta confianza supuesta se convierte a menudo en una ansiedad profunda, una responsabilidad inapropiada, un peso paralizante, hasta tal punto que es una de las principales causas de impotencia. Volvemos a encontrarnos frente a la paradoja que consiste en considerar que el ser, enculturado, lleva una parte de innato – de la cual haría parte la confianza, masculina. Pero no hay innato sin experiencia, no hay esencia sin existencia; el innato y el adquirido no se siguen, se complementan, interactúan necesariamente y continuamente. Por lo tanto, el énfasis puesto en el éxito sexual de los hombres – la necesidad de satisfacer, de proveer, erigida en prueba de su virilidad y poniendo en juego toda su masculinidad; genera ansiedad y se convierte en un indicador, una demostración más de la fragilidad del establecido género masculino. Tanto como el femenino, está cortado, aprehendido, limitado, ¿mutilado? Y esta representación de la sexualidad masculina de hecho tiene consecuencias sobre sus relaciones sexuales, sobre su placer y el placer compartido.

Psicológicamente, pues, la actividad sexual masculina puede estar mucho más relacionada con la confirmación del papel genérico y el rango homosocial que con el placer, la intimidad o la liberación de una tensión. (...) Ésta se relaciona no tan sólo con la satisfacción personal o de la pareja, sino en comportarse «como un hombre» durante el coito con objeto de tener derecho a ese título en otra parte, en donde «realmente» cuente.²²

Feminidad patriarcal y sexualidad pasiva

La feminidad patriarcal no sólo está considerada al opuesto de la masculinidad patriarcal, sino también procediendo, dependiendo de ella, sometida a ella. Así, el hecho de que se desarrolle en un entorno heterosexual no tiene tanta importancia en la definición de su género, ya que dependiendo de lo masculino necesariamente tiene que serlo. La mayor diferencia sexual entre los géneros bipolarizados es que cuando la sexualidad masculina tiene que estar activa y dominante, la sexualidad femenina mejor

²² Leonore Tiefer, op. cit., p. 231

este pasiva, sometida, hasta que el hombre se corra. Esta dominación masculina encuentra sus raíces mitológicas – llamada racionales, en el concepto dudoso y sexista de una cierta naturaleza femenina débil y dependiente por esencia, la esencia de ser hombres al revés y por lo tanto imperfectas, mutiladas, necesitadoras. Hasta existe una teoría antigua de la temperatura según la cual si la mujer tiene más deseo del coito, es porque es más fría que el hombre: se alegra de recibir el semen caliente. Semen que además va cargado del alma – para la reproducción, mientras el semen femenino está entregado sin alma. Así que patriarcalmente, la mujer necesita el órgano masculino para su salud, su salud depende del hombre, pero al hombre la mujer le da asco – como lo explica delicadamente Semónides en su catálogo de los defectos de las mujeres:

La lujuria de «la mujer comadreja», que no tiene ninguna cosa digna de amor, pese a lo cual es extraordinariamente proclive al acto sexual, por lo que producía asco al marido.²³

La xenofobia hacia las mujeres que conlleva el patriarcado es una sabia mezcla de sexismo y misoginia. A sentimientos misóginos de hostilidad, de odio, de temor contesta el presupuesto sexista de la inferioridad femenina, que permite encerrarlas, «para protegerlas, del exterior y de ellas mismas». De hecho, la misoginia consiste en considerar a las mujeres como seres peligrosos y malignos, descendientes de Lilith, la primera mujer en el imaginario religioso, que fue reemplazada por Eva porque era demasiado mala – no quería tener relaciones sexuales con Adán estando ella debajo. Lilith que, hecho significativo, era corporalmente independiente, no salió de la costilla de Adán – como lo rectificará Dios el autor para Eva. La misoginia finalmente está sobre todo orientada hacia las mujeres que rechazan el orden patriarcal. Oponiéndose a esta visión de la mujer poderosa para contener y castigar su peligrosidad, la teoría religiosa, y sexista, postula que la mujer no tiene que sentir placer en el coito, ya que no necesita gozar para reproducirse – el ideal estando de reproducirse guardando su virginidad, como María. La sexualidad femenina patriarcal así se encuentra exclusivamente vinculada con la reproducción y la feminidad, necesariamente asociada a la maternidad – rasgo que basta para probarla. La mujer patriarcal así tiene una sexualidad pasiva, en estrella de mar, que tiene como única meta quedarse embarazada. Porque a la mujer

²³ Semónides de Amorgos, *Yambo de las mujeres*, Siglos VII-VI a. C.

objeto no le pertenece su cuerpo y en el patriarcado, la sexualidad femenina está reducida a un valor de uso: como madre, y de intercambio: como esposa.

Pero si la mujer, desvergonzada, no usa su sexualidad para reproducirse, como no necesita gozar, tiene que ser por otra razón: el dinero. Aquí llegamos a la teoría misógina de la venalidad femenina y a la relación entre el egocentrismo masculino, las trabajadoras del sexo y la dificultad de negociación de relaciones sexuales más igualitarias en la pareja heterosexual. En efecto, el concepto de prostitución y sus derivados – además de su profesionalización, influyen sobre las relaciones de género. Porque de alguna manera inconsciente, la enculturación hace de la mujer una prostituta en el seno de su pareja: el hombre tiene que llevarla al cine, al restaurante, pagar por ella, etc., hasta que ella acepte darse a él: dinero contra sexo. El concepto de prostitución también actúa en la creación de las fantasías sexuales, en las relaciones de poder entre personas sexuadas, como lo demuestra el triste refrán:

Una mujer debe ser una dama en la calle, una señora en la casa y una puta en la cama.

También influye sobre las relaciones al cuerpo, la manera de considerarlo, de desearlo y de utilizarlo para hacer el amor. La prostitución, como paroxismo de una imagen estereotipada de la mujer, así toma parte en la consideración de su género y en la construcción de su sexualidad. Paralelamente, participa en la construcción del egocentrismo masculino, su sensación de satisfacción en el placer sexual y el imaginario que conlleva, su manera de posicionarse frente a la mujer, de considerarla. Además, las trabajadoras del sexo constituyen un servicio que todavía no disfruta de mucha paridad. Idealmente, podríamos vivir en una sociedad igualitaria dónde la prostitución sería una profesión legal, paritaria, ni valorizada, ni desvalorizada, cada unϕ sus ganas, respetando al/a la otrϕ. Pero la sociedad patriarcal no rebosa de igualdad, prefiere encerrar lo femenino en la pasividad para evitar que gozando reclame derechos.

Consecuencias no exhaustivas de la socialización sexual

La bipolarización, limitación y culpabilización de la sexualidad de los géneros por el patriarcado, de hecho tiene muchas consecuencias negativas sobre el deseo, el placer

y el goce de los individuos. Entre ellas están el desconocimiento, las desigualdades, la restricción, la genitalización, las frustraciones. En la sexualidad de la mujer pesa mucho el hecho de que el placer femenino no sea necesario para procrear. Una mujer puede concebir sin tener orgasmo e incluso estando inconsciente, como lo prueba trágicamente la violación. Esta constatación de la contingencia del placer femenino llevó a derivas como considerarlo no deseable, anormal, inconveniente, indecente, vil. La época victoriana fue rica en este tipo de consideraciones:

Su ideario esta conformado por una moralidad muy conservadora en la que se promueve el puritanismo sexual y se decide que el placer no es un objetivo deseable para una vida virtuosa y propiamente humana. (...) Los hombres tenían «unas necesidades», y las depositarias de las virtudes morales y sociales en todas las sociedades patriarcales son siempre las mujeres.²⁴

En el siglo XIX, hasta los feministas eran muy puritanos. El placer era amoral pero se entendía que los hombres suelen tener necesidades sexuales, las mujeres no. ¿Por qué? ¿Porque de tan poco gozar se aburren? Aunque parezca ridículo, la idea que los hombres necesitan más actividad sexual que las mujeres «por naturaleza» todavía está muy extendida. El placer femenino impedido todavía tiene muchas repercusiones: genera ignorancia, frustraciones – la mujer suele mucho más desconocer su propio cuerpo que el hombre.

Además, tanto los hombres como las mujeres inscriben su sexualidad en un entorno sociocultural particular que influencia sus prácticas. Así, el capitalismo, que ha incluido el patriarcado en su sistema de dominación de lo económico sobre lo humano, contribuye en definir una cierta noción de placer sexual e impone insidiosamente un régimen sexual:

La sociedad capitalista induce inevitablemente a la represión sexual, puesto que la continuidad de su existencia depende de la postergación de la gratificación en el proceso laboral, precisamente porque la mayoría del trabajo en el capitalismo no constituye un placer y es rutinario. Marcuse argumenta que el principio de rendimiento adoptó la forma de una represión de un tipo concreto de sexualidad –

²⁴ Gemma Vicente Arregui, «La Sexualidad femenina y la sexualidad burguesa», en *El Sexo y el género en la antropología filosófica*, VIII Congreso Internacional de la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica, Madrid, 19 de septiembre de 2008, op. cit., p. 1

*los impulsos sexuales secundarios o parciales – que conllevó la total desexualización de ciertas zonas sexuales pregenitales. Esto impulsó una genitalidad total; y dio como resultado una reducción radical de la potencialidad del hombre para el placer y una restricción simultánea del cuerpo a las exigencias del trabajo explotador.*²⁵

El capitalismo así participó a la limitación del potencial sexual del cuerpo a los genitales, participó a la genitalización de la sexualidad. La sexualidad masculina, que encarna la sexualidad dominante dirigiendo el baile, está por lo tanto ostensiblemente limitada al placer de la penetración. El hombre penetra, conquista, domina y posee. Y las relaciones sexuales giran alrededor de diversas penetraciones, hasta el orgasmo masculino, el semen divino:

*En el contrato sexual, el semen juega como moneda de cambio, moneda erótica; él y sólo él, confiere sentido a la relación y de él depende más o menos la permanencia o la brevedad del mercado sexual.*²⁶

Tenemos muchas más fuentes de placer que genital, vivimos en sociedades brutales. Al capitalismo se vincula el tema de la comercialización del sexo, que pasa principalmente por la instrumentalización de la mujer como objeto sexual, como producto consumido por la sexualidad patriarcal del hombre – confundiendo la satisfacción del consumo con el placer sensual y sexual de la creatividad humana. Lo peor es constatar la adaptación uniforme de los individuos a esta sexualidad socialmente mutilada.

*El organismo está precondicionado por la aceptación espontánea de lo que se le ofrece.*²⁷

En la sociedad patriarcal capitalista, el grado de satisfacción socialmente deseable y permisible está definido por el mercado, ampliándose a medida que crece la oferta; mediante esta satisfacción orientada, el germen del placer está drásticamente reducido, privado de sus exigencias singulares. Adaptado de este modo, el placer genera sumisión.

Lo más insidioso en esta consideración limitada de la sexualidad humana, es que estas representaciones del deseo, del placer, del goce están presentadas como

²⁵ Jeffrey Weeks, op. cit., pp. 268-269

²⁶ Pascal Bruckner & Alain Finkielkraut, *El Nuevo desorden amoroso*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1989, p. 36

²⁷ Herbert Marcuse, *El Hombre unidimensional*, Ed. Ariel, col. Filosofía, Barcelona, 1987, p. 104

«naturales». E inexorablemente generan desilusiones, ya que la sexualidad está vendida como un producto de uso restringido y que a la hora de crear por sí mismo, la reproducción mecánica de gestos orientados no puede satisfacer. Destacando esta frustración común, Leonore Tiefer comparte su experiencia de sexóloga:

Para muchas personas, quizá la mayoría, la experiencia sexual no llega a ser lo que esperaban y lo que creen que otras pueden estar experimentando. Son tan escasas las conversaciones francas acerca del sexo, que la mayor parte de los individuos no tienen en realidad idea de lo que sucede en las vidas de los demás. (...) Lo que más me ha irritado entre todos los engaños que envuelven a la sexualidad es la idea persistente pero peculiar de que «el sexo es natural», es decir, que se trata de una función biológica sencilla y universal que, sin ninguna preparación, deben experimentar, gozar y realizar todos los seres humanos aproximadamente de la misma manera.²⁸

La sexualidad es un aprendizaje, una creación floreciente, pero tal como está presentada en las sociedades patriarcales: machista, heterocentrada y coitocéntrica, sobre todo engendra insatisfacciones y frustraciones. Además de negar la diversidad de las prácticas sexuales y de reducir las posibilidades de placer, finalmente desposee el ser humano de su espacio de creación y de goce primario, fundamental, atemporal. José Antonio Nieto habla de *modernos fabricantes de angustias*. Definir siempre es limitar, hasta en los rincones de lo íntimo, sobre todo en los rincones de lo íntimo. Pero tomar conciencia de esta enculturación adiestrada es el primer paso hacia la libertad.

A través de su red de definiciones, estamos sujetos a las operaciones del poder, atrapados en un mundo que intenta formarnos, pero que podríamos reformar.²⁹

²⁸ Leonore Tiefer, op. cit., p. 37

²⁹ Jeffrey Weeks, op. cit., p. 22

EL SEXO EN EL SILENCIO DE LOS DISCURSOS

Los orígenes discursivos del silencio que parece rodear la sexualidad humana tienen sus raíces en la culpabilización religiosa del pecado de la carne, reemplazada luego por el discurso científico de la salud sexual, ambos tratando de normalizar una sexualidad oficial, justificada por el concepto sagrado de naturaleza, reproductiva.

Religión y culpabilidad

Las religiones, mitologías en ciernes, escenifican el mundo mirándolo por un prisma androcentrado. Postulan la inferioridad biológica, intelectual de la mujer con respecto al varón – al estar limitada en su inteligencia por razones naturales y morales, inscribiéndola en mitos como los de Pandora: la primera mujer que trajo todos los males a la Tierra por culpa de su curiosidad, o de Eva y el pecado original. La Virgen María, en el imaginario religioso, es la representación de la mujer domesticada por el patriarcado. De hecho, está a menudo representada durante su inmaculada concepción simbólicamente pisando a una serpiente, y la serpiente es el símbolo de Gea, la Gran Madre, que pertenece al imaginario de una Edad de la Tierra Madre, de cierto matriarcado neolítico, *donde el divino se simboliza con el húmedo vientre de la tierra labrada, de la cual se nace y a la cual se vuelve.*³⁰ Pero el patriarcado pervirtió la serpiente, convirtiéndola en el símbolo del pecado en la religión, así arraigando la negación del femenino salvaje y erigiendo la misión de la mujer domesticada. Además, en la mitología griega Gea fue reemplazada por Zeus, el padre de todos los dioses, lúbrico, violento y caprichoso, mientras la mitología femenina fue desvalorizada, invisibilizada.

En las religiones monoteístas que hoy en día dominan el discurso moral todavía se piensa el concepto de autoridad en términos exclusivamente masculinos, empezando por Dios – representando como un hombre. Las culturas monoteístas son por esencia –

³⁰ Filippo Giuseppe di Bennardo, *La Insurrección de Lilith*, Ed. Arcibel, Sevilla, 2009, p. 20

mitológica, tan misóginas como sexistas, patriarcales. Así encerrando a las mujeres en la pasividad y haciendo de la acción un término masculino, diseñan roles de géneros herméticos, bipolarizados, jerarquizados, hasta en la procreación. Porque la sexualidad en la religión está únicamente pensada como proceso de reproducción, proceso en el cual el hombre crea y la mujer recibe, tierno receptáculo:

La mujer es el campo donde se deposita la semilla, es la sustentadora del proceso pero no es la protagonista. Todavía, hoy, para explicar un embarazo, se recurre a metáforas como «papá a puesto una semilla en el vientre de mamá». (...) La mujer es como la tierra y como si de un campo baldío se tratase, hay que vallarla y cercarla para que no entren animales, para que pueda ser sembrada. Y, para que sus frutos sean reconocidos, debe pertenecer a un hombre, llevar el apellido de un hombre. Las religiones monoteístas inspiran teorías monogenéticas sobre la vida y, a su vez, éstas diseñan cual es el papel de los géneros en este proceso, un diseño que se convertirá en todo un estilo de vida.³¹

Obviamente las religiones están heterocentradas, la sexualidad está definida dentro de la pareja monogámica heterosexual y con el fin de procreación, sin protección. El hombre es el *pater familias*, dirigiendo su mundo; la mujer es madre, su función reduciéndose a la maternidad, y a la docilidad. En la religión, los seres humanos están pensados en términos de familia, heterosexual y pasan necesariamente por el rito del matrimonio. La etimología de *matrimonio* es elocuente: viene del verbo latín *maritare*, que deriva de *mas/maris*, el macho, y del sustantivo latín *matrimonium*, que proviene de *mater*, la madre. El matrimonio así es el momento en el cual un hombre se une a una mujer para que se vuelva madre.

La religión es la depositaria oficial del patriarcado. Así fue y sigue siendo una de las grandes adversarias del feminismo. Entre los roles de mujeres propuestos por la religión: virgen, madre, virgen-madre o prostituta, las feministas han elegido la quinta posibilidad: bruja.

³¹ Olga Viñuales Sarasa, op. cit., pp. 1-2

Las frecuentes acusaciones de brujería contra las mujeres individualistas a lo largo de estos siglos, y su consiguiente quema, fue el justo contrapeso «divino» a quienes desafiaban el poder patriarcales.³²

Como lo resume lacónicamente y eficazmente la escritora Taslima Nasrin: *All religions are anti-women.*³³ Pues, son también antisexualidad. De hecho, la religión además separa el cuerpo del espíritu, valoriza la espiritualidad y desdeñando la sexualidad oponiendo los pecados de la carne a los goces espirituales de la salvación. Porque la sexualidad es un espacio sin Dios, una relación con otrø que el Supremo, celoso; porque la sexualidad es un impulso de vida cuando la religión considera la vida sólo como el paso hacia la muerte eternal deseada. Así, la religión valoriza la abstención, para relacionarse con Dios, para acceder a la verdad – religiosa. Finalmente dejando la religión en una esfera más privada, laicizándose, la cultura social, con la ayuda de la filosofía clásica androcentrada, finalmente paso del patriarcado teológico (el Patriarcado) al patriarcado racional (el patriarcado), perdiendo su mayúscula pero solapadamente estableciéndose razón común, sin cambiar sus concepciones sólo substituyendo el hombre a Dios.

Salud sexual y normalización de la sexualidad

En el siglo XX, cierto modelo médico de la sexualidad surgió para contrarrestar el modelo religioso, substituyendo la interpretación científica de la naturaleza a la interpretación religiosa. Supuesto liberar el ser del peso de la moralidad inscribiéndole en el campo de la ciencia – considerada como la aliada del progreso, el discurso medical finalmente sólo cambió los pecados de la carne en patologías e, incapaz de salir del esquema de pensamiento heterocentrado y reproductivo del patriarcado, guardó la teoría exclusivamente reproductiva de la sexualidad.

La llamada «revolución sexual» que se inició en la década de los 60, no pudo liberar al ser humano occidental de sus dificultades y restricciones sexuales fundamentales. Las prohibiciones han ido dejando paso a imposiciones normalizadoras de la «salud sexual». Con las prohibiciones era posible pecar,

³² Ana de Miguel, «Feminismos», en *10 palabras clave sobre Mujer*, Dir. Celia Amorós, Ed. Verbo Divino, Estella, 1995, p. 221

³³ *Todas las religiones son antimujeres.* Taslima Nasrin

infringir la ley, aventurarse en las ilegalidades y en las trasgresiones morales. Con los encorsetamientos normalizadores de la higiene y de la salud sexual, sólo cabe ser sano o en todo caso, enfermar o padecer disfunciones sexuales. La transgresión de la norma legal o moral es potencialmente liberadora. La «norma sexológica» no deja resquicios para la liberación, porque se erige ella misma como única alternativa para ésta.³⁴

La teoría de la salud sexual así contribuyó a encerrar aún más el ser y su sexualidad en cierta normalización de sus prácticas. Los rebeldes pecadores se convirtieron en víctimas de enfermedades, lo que contribuyó a fijar en los cuerpos la norma decidida. No hay que olvidar que cuando se trata de la humanidad, siempre hay que contextualizar el pensamiento porque no hay humanidad sin cultura, y la ciencia, como toda otra creación humana, obedece a ciertas ideologías, orientándola.

La consideración medical de la sexualidad, tanto como la consideración religiosa, finalmente se construyó por un prisma naturalista, en el cual las diferencias entre hombres y mujeres dependen primordialmente de la posesión de determinados órganos y caracteres sexuales. Así todavía hoy en día, sigue considerándose el concepto de género como menos significante que el órgano sexual para definir la sexualidad del ser; todavía hoy en día, sigue negándose que la naturaleza humana es fundamentalmente cultural. Igualmente, si el hermafroditismo, el transgenerismo, la homosexualidad o la bisexualidad están a veces aceptados como realidades o prácticas humanas, están al menos considerados como variantes imperfectas de un cierto ideal y excluidos de la noción de normalidad – cuando no están directamente considerados como anomalías o patologías. Y este discurso dicotómico de la medicina está normalizado e institucionalizado por las sociedades, consolidando *una cadena simbólica que liga identidad sexual, género, orientación sexual y prácticas sexuales*.³⁵ Esta normalización de la sexualidad de hecho queda heterocentrada, incapaz de deshacerse de la idea que la sexualidad es ante todo una práctica ligada a la reproducción, que se inscribe en el objetivo enculturado de perpetuar la especie.

Institucionalizada, la normalización científica de la sexualidad se vincula estrechadamente con las políticas sexuales, organizando el cuadro general tan espacial

³⁴ Manuel Lucas Matheu, «Presente y futuro evolutivo del hecho sexual humano», en *Educación para la salud sexual*, Dir. Rosa María Zapata Boluda, Universidad de Almería, Almería, 2008, p. 39

³⁵ Olga Viñuales Sarasa, op. cit., p. 2

como psíquico de las sociedades. Finalmente, tanto la religión como la medicina, la psiquiatría o la ley definen un normalidad subjetiva, un cuadro de pensamiento, un prisma de visión, que incorporan los ciudadanos en sus propias reflexiones. Es entonces muy importante cuestionar la neutralidad supuesta de la ciencia sexual y poner en tela de juicio su reivindicación hegemónica, porque, con sus categorizaciones estrictas obrando a la uniformidad, influye directamente sobre la construcción de las identidades, limitándolas al ocultar la realidad de la diversidad humana y del polimorfismo de la sexualidad. Además, el discurso naturalista de la sexualidad es a menudo hipócrita cuando intenta justificar las estigmatizaciones, ya que se puede constatar que es su aplicación especialmente social, su aplicación lógicamente cultural, que está en juego. Lo puntea con humor José Antonio Nieto:

No se construye biología y genética fuera de la sociedad, aisladamente; una y otra son productos sociales de una época precisa y determinada. Cruelmente son las «alteraciones» sociales de las personas las que son estigmatizadas, no sus alteraciones biológicas y genéticas. Cuando se construyen leyes de «peligrosidad social» que se aplican a los «homosexuales», no es la alteración biológica y genética individual la que sufre el ultraje, es la persona, como ser social, quien lo padece. Es esa misma persona y no sus genes la que escucha cómo desde la sociedad le insultan llamándole «maricón», ¿o es que el insulto en cuestión es consecuencia de un gen homófobo?»³⁶

El Concepto de naturaleza y la sexualidad reproductiva

El concepto de naturaleza siempre es ideológico y es peligroso, porque su mistificación lo hace muy potente. La sexualidad exclusivamente reproductiva está cada día más puesta en tela de juicio, ya que se ha demostrado que es posible, deseable y agradable mantener relaciones sexuales sin finalidad de procreación sino sólo por el placer. Pero la culpabilización queda presente y la justificación naturalista vigente, contribuyendo a construir y perpetuar la mitología patriarcal de las sociedades.

³⁶ José Antonio Nieto, «De la construcción social del sexo, algunos comentarios», en Leonore Tiefer, *El Sexo no es un acto natural, y otros ensayos*, Ed. Talasa, col. Hablan las mujeres, Madrid, 1996, pp. 18-19

*Sobre el mito recae la función de dar a una invención histórica una justificación natural y hacer que lo contingente parezca eterno.*³⁷

Pero, aun sin repetir que la condición humana es fundamentalmente cultural y que el contacto del ser con la naturaleza basta para enculturarla porque la mira por el prisma de la interpretación, la teoría de una «sexualidad natural» se puede sencillamente deconstruir. Si por naturaleza se entiende animales, si los seres humanos entonces son animales que por naturaleza se atraen para reproducirse, ¿por qué, como los animales, no tienen ciclos sexuales? Porque los animales sólo desarrollan su sexualidad durante estos momentos precisos, efectivamente con el fin de reproducirse. Imaginar la sexualidad humana por este prisma es gracioso, pero falso. La sexualidad humana se encuentra en un estado de disposición y tensión permanentes;³⁸ lo que no es muy «natural». La sexualidad humana de hecho tiene claramente otra meta: el placer, entonces todas las prácticas sexuales se valen, todas son constructos culturales. Además, el argumento de la naturaleza se contradice solo, ya que los pocos animales que tienen relaciones sexuales sociales, para el placer, como los bonobos, los chimpancés, los orangutanes o los delfines, también desarrollan prácticas bisexuales, tan heterosexuales como homosexuales.

En el mismo sentido, el hermafroditismo perjudica la teoría naturalista del sexo orgánico inalterable que necesariamente se vincula con cierto género y cierta orientación sexual. De hecho, el hermafroditismo es un fenómeno escaso pero biológico que dota un mismo individuo de caracteres sexuales tanto masculinos como femeninos. El origen etimológico de *hermafroditismo*, proviniendo del griego *hermafroditos*, un personaje griego que heredó de los sexos respectivos de sus progenitores Hermes y Afrodita, además prueba que ha existido desde los tiempos conocidos. Asimismo está la intersexualidad, que es un fenómeno también biológico según el cual un individuo posee un órgano sexual ambiguo. Cual sea el caso, e independientemente de la preponderancia de un género con el cual acabarán definiéndose los individuos concernidos (o no), una vez adultos podrán identificarse como hombres o como mujeres, homosexuales, heterosexuales o bisexuales y además, si todavía importa, podrán reproducirse.

³⁷ Roland Barthes, «Le Mythe, aujourd'hui», dans *Mythologies*, Éd du Seuil, Paris, 1957

³⁸ Jeffrey Weeks, op. cit., p. 173

Esta realidad cuestiona la cadena simbólica ya que el hermafroditismo muestra, en primer lugar, que ni los llamados órganos sexuales primarios (testículos/ovarios) ni los secundarios (pene/vagina, etc.) determinan el género de adscripción de una persona.³⁹

¿Qué queda del discurso naturalista si ya no puede contener ni la biología ni la animalidad?

La sexualidad humana, que sea considerada como natural, cultural, reproductiva, polimorfa o coloreada, parece a primera vista silenciada, escondida, ocultada, como una mujer. Pero el silencio sólo concierne cierta consideración de la sexualidad, desdichadamente la que genera libertad. Como lo destaca Michel Foucault, el sexo está más bien puesto en discursos, reprimido y finalmente silenciado por estos mismos discursos, ya que definiéndolo, lo limitan. El sexo, el deseo, el placer, el pecado, todos son palabras que nombran realidades definidas y entonces necesariamente reducidas. Tanto la prohibición, la censura, el rechazo como la normalización, los sondeos y los consejos que se pueden leer en revistas femeninas desempeñan un mismo papel al servicio de cierta técnica de poder: usan de la voluntad de saber y del temor del ser ante la expresión espontánea de su propio cuerpo para llenar el espacio de creación singular de la sexualidad con presupuestos restringidos y prefabricados.

¿Censura respecto al sexo? Más bien se ha construido un artefacto para producir discursos sobre el sexo, siempre más discursos, susceptibles de funcionar y de surtir efecto en su economía misma.⁴⁰

En las sociedades modernas, el sexo no está escondido, está omnipresente. El sexo hace vender, hace hablar, hace soñar, hace llorar, pero la uniformidad de los discursos y de las representaciones, menos en la pornografía, tiene que generar sospechas. A la vez parece necesario puntear la parte de silencio, escondida detrás de la consideración puritana del sexo como secreto, misterioso y tenebroso, que impide la apertura al polimorfismo intrínseco del goce sexual y perpetua desigualdades; y también callarse un poco, para dejarse sentir.

³⁹ Olga Viñuales Sarasa, op. cit., p. 7

⁴⁰ Michel Foucault, *Histoire de la sexualité I, La Volonté de savoir*, Éd. Gallimard, coll. Tel, Paris, 1976, p. 33

CAPÍTULO II
EL POLIMORFISMO INTRÍNSECO DE LA SEXUALIDAD

LA INTERIORIZACIÓN CORPORAL DE LAS NORMAS SEXUALES SOCIALES

La edificación de una sexualidad oficial, enfatizada en la normalización social, tiene consecuencias no exhaustivas sobre los cuerpos modelables, interiorizando su entorno y orientados por sus modas. Esta interiorización parece más acatar a una vaga reproducción que a una real educación, ya que se destaca la casi ausencia de educación sexual en nuestras sociedades. Y en la era de Internet, esta necesaria educación que fomentar no puede desatender la pornografía.

Cuerpos modelables y orientados

El cuerpo, culturalmente modelable, no sólo contiene sino también representa la identidad. En las sociedades capitalistas contemporáneas, más que una presentación cada día reiterada, esta representación tiende a convertirse en espectáculo, escenificado. Y como lo puntea Guy Debord en *La Sociedad del espectáculo*,⁴¹ este espectáculo, puesto al servicio del capitalismo, suele convertirse en un prisma económico-ideológico limitativo ya que predica la universalidad de una visión única de la vida y la impone a la conciencia y a los sentidos de todos a través de una esfera estrechadamente compleja de manifestaciones audiovisuales, burocráticas, políticas: culturales. Esos reflejos están interiorizados por los cuerpos de los ciudadanos, de modo que mantienen la reproducción del poder y de la alienación, perdiendo poco a poco el vivo de la vida. A esta consideración se vincula el culto de la apariencia, definiendo criterios de belleza superficiales, precisos e inalcanzables, hasta ocultar que el primer manantial de belleza es la felicidad. Alterando tanto los cuerpos de las mujeres como de los hombres, impone cierta violencia hacia su propio cuerpo, frustraciones y sufrimientos. Sin entrar en los detalles de la tiranía del peso, tan peligrosa para la salud, basta con pensar en el tema de los michelines, temidos, que hasta influye en la sexualidad de los seres como barrera personal a la liberación corporal. El cuerpo humano no puede ser liso, ya que está vivo.

⁴¹ Guy Debord, *La Société du spectacle*, Éd. Buchet/Chastel, Paris, 1967

Pero la sociedad capitalista preconiza e inscribe en la carne que *para ser bello hay que sufrir*.

Otro ejemplo elocuente de esta violencia impuesta por los criterios de belleza es la depilación: otro triunfo de lo liso también. La depilación ya no sólo es una inclinación estética y una práctica dolorosa, sino que se ha convertido en una tiranía cronófaga, en una obsesión: tratando de erradicar un componente básico del cuerpo humano. Influyendo sobre la consideración del cuerpo, el régimen drástico de los pelos tiene importancia en lo más íntimo, en el goce, en la posibilidad del deseo. Es por lo tanto interesante escuchar el eco de la moda de la depilación integral del pubis para la mujer, que bajo su aspecto de desvelamiento sólo esconde un excedente de puritanismo occidental:

Europa y Estados Unidos, hasta los años 70, han considerado que un Monte de Venus liso era una representación asexual; el sexo, la realidad del sexo – donde se esconde la obscenidad para los religiosos porque pone los hombres frente al deseo femenino – estando exclusivamente reservado al sexo peludo.⁴²

Así, hasta finales del siglo XIX, el nudo liso era la regla artística en la pintura. Hasta los años 60, los editores de revistas tenían que borrar los pelos de los nudos femeninos si querían escapar a la censura. Al contrario, hasta principios del siglo XX, las fotos de mujeres nudas peludas son fotos de prostitutas. Si *El Origen del mundo* de Gustave Courbet⁴³ armó un tal escándalo en 1866, fue precisamente a causa de la mata de pelos que rodea el sexo de la mujer. Porque el nudo femenino no estaba considerado como obsceno si los pelos pubianos no estaban representados. A continuación, la influencia del liso fue reforzada con la liberalización de la pornografía, que pone en escena actores y actrices casi siempre depilados; también con la moda de los tangas, que hace necesaria la depilación. El pelo juega un papel significativo en la sexualización de los seres. Y al privar a la mujer de sus pelos, así despojada de su obscenidad, se convierte en el juego del deseo masculino.

La mujer lampiña no está considerada como obscena por la sociedad masculina porque, privada de su sexo y de sus pulsiones sexuales, físicamente vuelta

⁴² Marie-France Auzépy & Joël Cornette, *Histoire du poil*, Éd. Belin, Paris, 2011, p. 20

⁴³ p. 39

a la infancia, está sumisa al deseo del hombre que puede considerarla como un simple receptáculo.⁴⁴



Gustave Courbet, *L'Origine du monde*, 1866

Al opuesto del desvelamiento, aunque ambos procediendo del puritanismo, está el velo. Producto del patriarcado religioso que usa de una acepción extremista del pudor, hasta convertir el cuerpo entero en una manifestación obscena, la imposición del velo ostensiblemente y físicamente invisibiliza a la mujer. Además, al hacer del cuerpo un objeto prohibido, sólo contribuye en exacerbar el deseo. Proceso fundamentalmente misógino, postula hipócritamente que si los hombres no pueden cohabitar con las mujeres, es porque son demasiado frágiles, incapaces de controlar sus pulsiones – ya que nadie les pide hacerlo; porque pierden todo autocontrol cuando descubren que las mujeres tienen cuerpos. Maïssa Bey, con la voz de Nadia, habla de *la concupiscencia apenas disimulada (...) en las miradas que acompañan el menor de sus movimientos*,⁴⁵ usurpando su libertad. Está ensuciada, denigrada, por *esos ojos ávidos*.⁴⁶ Estos hombres frágiles son también los que silban a las mujeres como a perrø en la calle, deshumanizándolas al antojo de su lubricidad exhibicionista. Los que practican el acoso callejero: interpelando las mujeres que sólo tratan de andar en la calle, pretendiendo halagarlas – por deshumanización sexual, antes de insultarlas, sobre todo gozando del placer de intimidarlas y finalmente recordándoles, cada día, que el acceso libre al espacio público todavía no está ganado. Y lo peor en este tipo de situación, es que se

⁴⁴ Marie-France Auzépy & Joël Cornette, op. cit. pp. 20, 23

⁴⁵ Maïssa Bey, *Au commencement était la mer*, Éd. de L'Aube, coll. Poche, La Tour d'Aigues, 2003, p. 34

⁴⁶ Maïssa Bey, op. cit., p. 119

enseña a las mujeres que deben sentirse halagadas, o al menos acostumbrarse y no hacer caso, ya que en la ideología patriarcal, no son los hombres que cambian, son las mujeres que se adaptan, envilecidas. O se velan para evitarlo. El velo así procede de un círculo vicioso, porque escondiendo a las mujeres los hombres atizan su deseo, *su deseo exacerbado por el peso lancinante de las frustraciones acumuladas*:⁴⁷ prohibición de la atracción y atracción de lo prohibido. Pero no hay que olvidar que el pudor es un aparato contingente, y que la felicidad es nuda, sensual y compleja: libre.

No olvidéis que el pudor sólo es un escudo contra el ojo del impuro.

Y cuando el impuro desaparece, ¿qué es el pudor, sino una traba y una mancha del espíritu?

*Y no olvidéis que se alegra la tierra de sentir vuestros pies desnudos y que los vientos anhelan jugar con vuestros cabellos.*⁴⁸

La Educación sexual

Para luchar contra la interiorización de normas represivas y liberticidas, contra la vaga reproducción de representaciones restringidas, está la educación. La educación de hecho abre la posibilidad de alcanzar cierta libertad – de pensamiento, de expresión. La educación, sobre todo, permite desarrollar un pensamiento crítico, una expresión singular. La sexualidad, práctica a la vez íntima y compartida, singular y universal, es un lugar privilegiado de expresión de la libertad, pero también de la influencia social, de lo prohibido, del tabú, del miedo – de enfrentarse con su propio cuerpo enculturado.

*La sexualidad es una pulsión básica de la biología y su sometimiento a la razón de dominio implica la entrada de las exigencias sociales y de la no-libertad en lo más íntimo y recóndito del ser humano.*⁴⁹

Y se constata, en las sociedades patriarcales, la casi ausencia de educación sexual. Los m/padres huyen la cuestión, las escuelas se ofuscan, las bocas se cierran cuando se trata de compartir experiencias singulares y no representaciones colectivas, las sociedades

⁴⁷ Maïssa Bey, op. cit., p. 34

⁴⁸ Khalil Gibran, *Le Prophète*, Éd. Casterman, Bruxelles, 1956, p. 36

⁴⁹ Gemma Vicente Arregui, «Sobre identidades naturales y diferencias culturales», op. cit., p. 295

normalizan cierta sexualidad, sexualizando su ideología mercantil hasta convertir la sexualidad en producto y las prácticas en modas patriarcalmente orientadas. Esta ausencia de educación sexual deja al ser vulnerable ante las representaciones simplistas, heterocentradas, coitocéntricas, violentas. Se puede destacar la amplitud de la peligrosidad de esta ignorancia sólo con el hecho grave de que todavía hoy en día, la violación está considerada como una violencia de tipo sexual, mientras que es un crimen. Ya que todavía es necesario obrar a la concienciación, retranscribo las palabras de Christine de Pizan que ya intentaba educar el buen sentido de sus conciudadan@s hace siete siglos:

*A las mujeres no les gusta ser violadas.*⁵⁰

El problema es que sin educación sexual, el ser está totalmente expuesto al poder de las imágenes, hasta construirse una sexualidad de estereotipos. La enculturación por el vacío empieza en la infancia, cuando lo único que se debate con l@s niñ@s acerca de la sexualidad, es si tienen novia para un niño o novio para una niña. Así empieza a construirse insidiosamente el pensamiento heterocentrado. Igualmente, la literatura infantil, que tiene una función educativa indubitable, ya que está dirigida a un público de niñ@s-esponjas a quien propone modelos en su búsqueda de héroes y de heroínas, y decorados en los cuales desarrollar su imaginación, sigue mayoritariamente promoviendo y perpetuando estereotipos patriarcales y heterocentrados. Los personajes femeninos *continúan ofreciéndose básicamente como premio al héroe*,⁵¹ soportando el lado sapo de sus príncipes y siendo definidos más como objetos que como sujetos, a menudo sexuales, mientras los personajes masculinos siguen teniendo el monopolio del poder y de la violencia. Cuando l@s niñ@s crecen, construyendo sus identidades, incluso de género, llega la huída de la persona en crisis – de adolescencia, y ya se va haciendo poco a poco demasiado tarde, con los mecanismos sociosexuales inscritos en la carne. Siempre será tiempo de cuestionarles, si sólo se puede tener acceso a otro prisma de reflexión.

Las raíces de esta falta de educación sexual se encuentran en el concepto de naturaleza, en la idea que la sexualidad es natural, inscrita en el cuerpo de cada un@, que

⁵⁰ Christine de Pizan, *La Cité des dames*, Éd. Stock, coll. Moyen-Âge, Paris, 1986

⁵¹ Teresa Colomer, «A favor de las niñas, El Sexismo en la literatura infantil», *Revista Cuadernos de literatura infantil y juvenil*, n°57, Barcelona, 1994, p. 14

sólo tiene que encontrar su media naranja para encajarse con armonía. Que sea pretexto o creencia, esta idea de un poder de la naturaleza escondido detrás del fundamento cultural del ser humano oculta la necesidad de la educación, e impide en el mismo movimiento la libertad de creación – sexual.

La creencia en que la sexualidad sobreviene naturalmente alivia la responsabilidad de adquirir conocimientos y de elegir. No hay que enseñar nada especial a los hijos; ya sabrán qué hacer cuando llegue el momento. No tiene que hablar con su pareja acerca de su vida sexual; se desarrollará automáticamente.⁵²

El único resultado es frustración. Porque la sexualidad, como la identidad, se construye, se apropia, se crea. Y tanto como la educación permite desarrollar un espíritu crítico, tendría que permitir desarrollar una sexualidad crítica. Ya que los cuerpos son modelables, hay que tener cuidado con el lavado de sexo, retomar el control, la responsabilidad de su modelado y devolverle su fundamento complejo y polimorfa, incluir la extranjería, el/la otro, que es a la vez otro que sí mismo y otro sí mismo. En este sentido, la comparación de la sexualidad con el lenguaje que hace Leonore Tiefer es muy pertinente, ya que ambos necesitan aprenderse y representan una diversidad de prácticas. La sexualidad también se puede expresar en varios idiomas.

Nuestra anatomía sexual no nos suministra «per se» nuestra identidad sexual. Alcanzamos ésta de la misma manera que aprendemos el lenguaje. Si bien estamos diseñados para poseer un lenguaje, no estamos diseñados para un lenguaje particular (chino, catalán, euskera, etc.).⁵³

La Pornografía

A la era de Internet, en la cual cuando alguien tiene una pregunta pide a Google más bien que a las personas rodeándolo, la educación necesariamente tiene que contar con los ordenadores. Hoy en día, se dice que el nuevo analfabetismo es el no acceso a las tecnologías de la información y de la comunicación. Así, no sólo la educación sexual no

⁵² Leonore Tiefer, op. cit., pp. 131-132

⁵³ Olga Viñuales Sarasa, op. cit., p. 8

puede desatender Internet, sino también que ya pasa mayoritariamente por este medio, ya que hay un vacío educativo que llenar. La navegación Internet siendo además lo más a menudo una navegación en solitario, una práctica fundamentalmente individual, hasta voyeurista, se presta particularmente al juego del sexo secreto. Si en cuanto a los discursos, además de los consejos de revistas femeninas o masculinas que son los mismos que en la prensa de papel – uniformes y convencionales, la diversidad que conlleva Internet permite encontrar material de calidad, variedad de visiones; en cuanto a las imágenes, el decorado es mucho más pobre. De hecho, además de la publicidad patriarcal omnipresente poniendo en escena cuerpos de mujeres dirigidos por manos de hombres, Internet sobre todo es el espacio de desarrollo de la liberalización de la pornografía, accesible, gratuita, omnipresente, y patriarcalocentrada. El campo de influencia de la pornografía se demuestra con la regla 34, que postula que *If it exists, there is porn of it. No exceptions.*⁵⁴ De hecho, se averigua, cuales sean las posibilidades absurdas que se busquen. Hay porno de todo, pero paradójicamente la pornografía no es tan variada.

En efecto, aunque seguramente es el lugar donde se encuentra la más grande variedad de prácticas puestas en escena, la pornografía queda fundamentalmente, intrínsecamente, inconcientemente orientada por el patriarcado. El esquema principal queda el de la violación más o menos consentida – cuando está escenificada, con un hombre violento y una mujer sometida que tienen relaciones sexuales centradas sobre los genitales: felación – (cunnilingus) – penetración vaginal – (penetración anal) – eyaculación facial. Y si hay pornografía homosexual, bisexual, con transgéneros, etc., la norma queda heterocentrada. De hecho, si no está precisado, significa que es heterosexual. Más que el heterocentrismo, ya que la diversidad de ofertas en Internet permite ahogarlo un poco en la variedad, el problema sigue siendo la influencia patriarcal poco cuestionada que puebla las representaciones pornográficas. Los feministas en los años 70 denunciaron violentamente esta pornografía, yendo hasta querer prohibirla. Andrea Dworkin, figura de este feminismo antipornografía habla de la pornografía como *un material que explícitamente representa y describe comportamientos sexuales degradantes y abusivos para apoyar y/o recomendar el comportamiento*

⁵⁴ *Si existe, hay porno de eso. Sin excepciones.*

descrito.⁵⁵ De hecho, la pornografía contemporánea finalmente trata más de poder y de violencia que de sexo. Pero como la meta es la libertad, la censura no tiene sentido.

Como no se puede negar que la pornografía fomenta cierta sexualidad, ni que ahora que es totalmente accesible los niños la encuentran siempre más pronto – su influencia sobre la construcción de la sexualidad de las jóvenes generaciones es innegable; lo que parece importante es crear otra pornografía, desarrollar la pornografía no patriarcalmente orientada. Porque la pornografía también es un medio potente para cambiar las mentalidades y abrir otros prismas de visión, puede ser un lugar de liberación si está usada con este fin. Idealmente, la pornografía patriarcal no tendría que ser más que una categoría entre otras, junta a categorías también más variadas en términos de géneros, más igualitarias, no sólo con títulos que giran únicamente alrededor de prácticas o de características físicas femeninas. ¿Es que el cuerpo de los hombres no importa? En este sentido, es interesante la iniciativa de Cindy Gallop,⁵⁶ una americana que lanzó la página web *Make love not porn*⁵⁷ después de haberse quedado asombrada durante relaciones sexuales con hombres jóvenes que de hecho hacían un porno, no el amor. Su idea no es rechazar la pornografía, sino fomentar otra, una pornografía más realista – para que los jóvenes no terminen pensando que una penetración anal se puede hacer sin preparación; una pornografía más igualitaria, una pornografía más variada y, en cierta medida, concientemente educativa. Cindy Gallop también cuestiona la acepción de la palabra *amateur* que postula cierto talento profesionalizado que alcanzar, y prefiere substituirle el término *aficionado*. Leer los comentarios agradecidos en su página web es una indicación elocuente de la situación de la sexualización de las jóvenes generaciones, hinchándose de porno antes de aprender a escuchar sus propios cuerpos.

⁵⁵ Andrea Dworkin, *Pornography, Men possessing women*, Ed. Penguin Books, New York, 1981

⁵⁶ <http://blog.ted.com/2012/08/14/launched-today-in-beta-makelovenotporn-tv/>

⁵⁷ *Haga el amor no el porno*.

TEORÍA VERSUS PRÁCTICAS – SEXUALES

Si la teoría sigue postulando una sexualidad oficial heterocentrada, coitocéntrica y entre géneros bipolarizados, la constatación innegable de la diversidad de prácticas sexuales permite devolver a la sexualidad su polimorfismo intrínseco. La bisexualidad, la homosexualidad, la heterosexualidad no son categorías herméticas, indivisibles; abarcan variedad de prácticas, encontrándose, mezclándose. Y no hay erotismo sin autoerotismo.

La Sexualidad en prácticaS

*Existen tantas prácticas sexuales como seamos capaces de imaginar y más. Sólo tenemos que abrir cualquier diario por la página de contactos y leer sus anuncios.*⁵⁸

El siglo XX, siglo de las reivindicaciones sexuales, abrió el prisma polimorfo de la sexualidad. El trabajo del etnólogo Alfred Kinsey en los años 50 fue un momento crucial de la toma de conciencia de la necesidad de considerar la sexualidad al plural, para reunificar la complejidad identitaria del ser. En efecto, hizo un trabajo de campo sobre las relaciones sexuales de los americanos: sobre el comportamiento sexual del hombre⁵⁹ y de la mujer,⁶⁰ entrando en este rincón íntimo para nombrar lo callado, o lo puesto en discursos oficiales. Así descubrió que todo el placer del hombre no es heterosexual y que contra más investiga su propio placer más llega a prácticas consideradas como *homosexuales*, lo que bien significa que esta clasificación simplista falta de sentido, de pertinencia, de complejidad. Igualmente, contribuyó en destacar y considerar la sexualidad femenina como activa, teniendo placer, orgasmos, masturbándose, desarrollando prácticas tan diversas como los hombres. Alfred Kinsey, junto a otros, finalmente contribuyó a restablecer el soporte polimorfo de la sexualidad y a exponer la

⁵⁸ Olga Viñuales Sarasa, op. cit., p. 8

⁵⁹ Alfred Charles Kinsey, Wardell Baxter Pomeroy & Clyde Eugene Martin, *Sexual behavior in the human male*, Ed. Indiana University, Bloomington, 1948

⁶⁰ Alfred Charles Kinsey, Wardell Baxter Pomeroy, Clyde Eugene Martin & Paul Henry Gebhard, *Sexual behavior in the human female*, Ed. Indiana University, Bloomington, 1953

evidencia de la pluralidad de las prácticas sexuales, mucho más numerosas y complejas que tres.

Hay que recordar que las prácticas sexuales son y han sido siempre múltiples y polimorfas. Para verificar esta afirmación sólo hay que contemplar las pinturas de la antigua Pompeia, o la cerámica Mochica expuesta en el museo limeño Larco Herrera, o los bajorrelieves de Kajumaro, en la India. Manifestaciones artísticas que evidencian las múltiples formas, posiciones, prácticas y significados que puede adoptar la sexualidad humana.⁶¹

La diversidad comprobada de prácticas sexuales espontáneas pone en tela de juicio la teoría de la sexualidad orientada por la reproducción, según la naturaleza establecida por un denominado Dios. Volvemos al hecho de que si la sexualidad no depende de la reproducción, que sólo es una posibilidad, entonces no hay práctica más recomendada que otra, dado que la única meta es el placer. Si las prácticas definen la sexualidad, de hecho es polimorfa. El sadomasoquismo, por ejemplo, claramente no tiene una meta reproductiva, la niega brutalmente, haciendo ostensiblemente del placer la justificación y la recompensa de la relación. Además, es interesante constatar que cuando se habla de sadomasoquismo, poco importa que sea homosexual, heterosexual o bisexual, ¿entonces prevalece la práctica sobre la orientación? Esta práctica, que también se puede declinar, finalmente cuestiona intrínsecamente los papeles de género, ya que cada persona elige su personaje y que la relación amorosa se piensa en otros términos. Según Patrick Califia:

El sadomasoquismo viola un tabú que preserva el misticismo del sexo romántico.⁶²

El polimorfismo inherente a la sexualidad demuestra finalmente que no existe necesariamente ninguna relación entre las prácticas sexuales, la identidad sexual y los géneros, que sólo son elementos heterogéneos asociados en una sexualidad compleja. Dividir la sexualidad entre homosexualidad, heterosexualidad y bisexualidad no tiene más sentido que dividir el lenguaje en tres idiomas. La sexualidad es tan diversa como la diversidad de identidades que expresa, identidades que contienen imprescindiblemente

⁶¹ Olga Viñuales Sarasa, op. cit., p. 10

⁶² Patrick Califia, «Feminism and sado masochism», in *Heresies Magazine: A feminist publication on Art & Politics*, Vol. 3, n°4, Issue 12, Sex issue, New York, 1981, p. 33

elementos femeninos y elementos masculinos. No existen ni dos géneros ni dos sexualidades, ni tampoco dos sexos, sino una complejidad y multiplicidad de identidades y posiciones sociales y sexuales que pueden vivir los individuos. Reducir la sexualidad a cierta orientación, es quitarle su libertad de expresión, su posibilidad de creación. Reducir el ser a su género, es negar el movimiento, borrar los lazos de su complejidad identitaria.

La Homosexualidad por el prisma del género

Hablar de homosexualidad significa hablar de cierta inclinación sexual hacia individuos del mismo sexo, que incluye una multitud de prácticas. Hablar de identidad gay es como hablar de identidad política de izquierda o de derecha: se define más por la negación que por la afirmación, se diferencia en algunos puntos frente a la otra opción pero sobre todo abarca una clasificación simplista y bipolar, ya que las opciones necesariamente se encuentran, más similares que opuestas, evolucionando en un mismo sistema. La homosexualidad no es un producto de la naturaleza, ni más ni menos que cualquier otro tipo de orientación sexual. Mirar el concepto de género por el prisma de la homosexualidad es interesante, porque impide vincularlo con cierta sexualidad. Generalmente, las personas homosexuales se identifican con el género asignado a su anatomía, la preponderancia aparente ya que interiormente los géneros se mezclan imperiosamente en una combinación singular. Entonces, ¿cómo considerar por el prisma del género la inclinación sexual hacia personas del mismo sexo? Son los gays más o menos masculinos que los heterosexuales? Son las lesbianas más o menos femeninas que las heterosexuales? Se puede encontrar respuestas tan absurdas como contradictorias, lo que bien puntea el despropósito de un lazo innato entre consideraciones de género y cierta sexualidad atribuida. La homosexualidad es una orientación sexual que cuestiona intrínsecamente la bipolarización de los géneros, el heterocentrismo, y entonces, el patriarcado.

La homosexualidad se puede declinar en lesbianismo, mujer contra mujer, que, en vista de la condición femenina establecida por el pensamiento patriarcal, parece ser aún más fundamentalmente antipatriarcal, ya que está en contradicción con sus bases

sustanciales. De hecho, la mujer lesbiana se emancipa del dominio heterocentrado del hombre, no necesita hombre en su intimidad, es independiente, fuera de su alcance.

*El lesbianismo es el punto vital de resistencia a este dominio heterosexual, su fuerza antagonista central.*⁶³

Por lo tanto, ya que son los hombres quien escriben las reglas en el esquema patriarcal tradicional, si siempre se ha reconocido la homosexualidad masculina – aunque para censurarla; durante muchos tiempos ni siquiera se consideró la homosexualidad femenina – fuera de límites, insignificante, aterrador, subversiva. Hoy en día, el hecho de que sea considerada como fantasía sexual masculina común, vehiculada entre otros modos por la pornografía, es elocuente: el lesbianismo está totalmente recuperado por el patriarcado a través del tratamiento de las imágenes, de los gestos, orientados hacia el deseo masculino, hacia el hombre, que a menudo llega al final de la escena para recobrar el control – del placer. Una vez que las mujeres se hayan reapropiado su deseo, cuando se vincula con el feminismo, el lesbianismo parece encarnar la quintaesencia de la negación del patriarcado. Pero sólo es un rasgo identitario entre otros y así como no todas las lesbianas son feministas, evidentemente todas las feministas no son lesbianas. Si el lesbianismo suele librar a la mujer del pensamiento patriarcal, tampoco expresa por lo tanto cierta esencia de la femineidad, ya que no existe esencias, sólo perfumes. El lesbianismo es una inclinación, una orientación sexual conteniendo varias prácticas, un gusto, una afición – en movimiento.

Alfred Kinsey, en los años 50, ya concluyó que no se podía hablar de homosexualidad en términos de identidad, ni por supuesto de enfermedad, sino sólo como actos sexuales, prácticas, imágenes. Es interesante recordar que la homosexualidad griega, que tanto está citada para probar la existencia tan heterosexual como homosexual de la sexualidad humana desde los tiempos conocidos, contiene la idea de cierto aprendizaje de la sexualidad que pase por el deseo de su propio sexo y sobre todo, no estaba nombrada, no servía cierta categorización, ya que la palabra ni existía y que se hablaba más de calidad y de cantidad sexual que de orientación. Afuera del esquema familiar impuesto por la religión, la orientación de las prácticas sexuales era indiferente – para los hombres. La realización de las mujeres no era realmente un

⁶³ Jeffrey Weeks, op. cit., p. 324

tema de primera importancia. Si la inclinación homosexual pone en tela de juicio el heterocentrismo que conlleva la consideración patriarcal del género, demuestra sobre todo la libertad espontánea de la expresión – sexual, de los géneros, sea cual sea la armonía de su composición.

Bisexualidad, autoerotismo y masturbación

Pensar la bisexualidad es particularmente interesante para cuestionar la categorización orientada de la sexualidad. De hecho, la bisexualidad no es ni la heterosexualidad ni la homosexualidad pero es heterosexual y homosexual a la vez. Una persona bisexual no considera su orientación sexual como un dato primordial de su sexualidad, de su elección de la/del otro en la intimidad; no tiene una orientación sexual dada, inmóvil. Es elocuente constatar que los individuos que se definen como bisexuales suelen ser rechazados, condenados por individuos intolerantes tanto heterosexuales: porque salen de la norma heterocentrada; como homosexuales: porque perjudican la idea de una orientación sexual bipolarizada que se desarrollaría por esencia. La bisexualidad todavía es a menudo considerada como una etapa, hasta que se fije en una orientación sexual más precisa, ¿dependiendo del sexo de su último amor? Cuando no está sólo considerada como prácticas viciosas, inestables y degeneradas, explicándose por una libido exacerbada – lo que tristemente recuerda la consideración de la sexualidad femenina en la antigüedad. Si la bisexualidad está tan estigmatizada es porque impide la categorización, tan importante para el ser social, aunque signifique perder su libertad de interpretación.

El repudio de la bisexualidad es producto de la presión social para definirse, para ser categorizable.⁶⁴

Volvamos a la teoría de la puesta en discursos limitativos de la sexualidad de Michel Foucault, a la cual se vincula la importancia dada a la elección como medio de diferenciación de *La Sociedad de consumo*,⁶⁵ ya que la satisfacción no es la meta, es la condición. Elegir ha tomado la ascendencia sobre sentir. Pero el ser humano no es un ser

⁶⁴ Gerard Coll-Planas, op. cit., p. 234

⁶⁵ Jean Baudrillard, *La Société de consommation, Ses mythes, ses structures*, Éd. Gallimard, Paris, 1974

lineal y se espera que no se ama a un sexo, se ama a una persona, aunque signifique tratar de encontrar otras compatibilidades. La existencia de la bisexualidad como inclinación sexual identificada fastidia de nuevo al mito de una sexualidad «natural», orientada hacia la izquierda o hacia la derecha. La bisexualidad no como orientación sexual desorientada sino como prácticas, también niega la orientación unidireccional de la sexualidad: cuando se mezcla con la masturbación por ejemplo. La masturbación, de hecho, contiene prácticas que podemos llamar autosexuales, ya que se vinculan con su propio sexo, pero entonces también homosexuales, dado que se vinculan con el mismo sexo, y potencialmente heterosexuales, dependiendo de las fantasías sexuales desarrolladas. La masturbación así destaca cierta apertura hacia su propio sexo, el deseo de acariciarlo. La masturbación, sobre todo, no tiene orientación; ya que no necesita relacionarse, se puede nadar en las aguas coloradas de su complejidad identitaria tranquilø, colmadø.

Sigmund Freud vincula el autoerotismo y el narcisismo intrínseco de los seres:

*Todos los seres humanos poseen un acusado impulso narcisista; es la célula germinal del ideal del yo y la raíz del autoerotismo.*⁶⁶

Este narcisismo primario no contiene necesariamente egocentrismo, sólo es la impulsión que permite creer en un yo, construirse una identidad primordial, vincularse a sí mismø y perseguir un ideal, cada día renovado. Este narcisismo identitario también necesita la otredad, la suya y la del/de la otrø para alterizarse, distinguirse, reconocerse. El autoerotismo que posibilita la consideración de sí mismø finalmente no sólo es floreciente en prácticas masturbatorias, sino también en las relaciones sexuales, ya que es necesario, en la medida más alta posible, amar a su propio cuerpo para desvelarlo, abrirlo y compartirlo, para dejarse llevar por el placer. La posibilidad del autoerotismo y su asociación fundamental con el erotismo, dado que entretienen una relación de continua ida y vuelta, desvela una bisexualidad originaria de los cuerpos humanos, una bisexualidad constitutiva, ya que en las relaciones sexuales se entremezclan tanto los elementos femeninos como masculinos de la/del otrø deseado y los suyos propios. Sin necesitar estar nombrada, la bisexualidad sobre todo favorece la libertad de sentir a la libertad de elegir.

⁶⁶ Gemma Vicente Arregui, «La Sexualidad femenina y la sexualidad burguesa», op. cit., p. 5

CONSIDERACIÓN SEXUAL Y PSICOANÁLISIS

El psicoanálisis revela la influencia simultánea del psiquismo, tanto cultural como inconciente, sobre la interpretación del cuerpo. Estudiando el proceso de enculturación del ser desde la infancia, destaca la libido como espacio común, en el cual se desarrolla un erotismo bisexual originario, antes de culturalmente orientarse. A la era de la genitalización de la sexualidad, interpretaremos el simbolismo de los genitales, para finalmente pensar el transgenerismo, como expresión particular de cuerpos fundamentalmente andróginos.

Libido única y bisexualidad originaria de seres polimorfos

El psicoanálisis es un instrumento rico para cuestionar la sexualidad, ya que tanto permite poner en tela de juicio su androcentrismo ideológico y la construcción del falogocentrismo que conlleva, como demostrar su fundamento común y enculturado.

El psicoanálisis es un método destructor de imágenes y símbolos culturales, y por tanto una herramienta desenmascaradora del androcentrismo reinante.⁶⁷

Sigmund Freud elaboró un cuadro teórico de la sexualidad fantástico, pero lo interpretó de manera misógina. Operó oposiciones dicotómicas y comparaciones jerarquizadas entre los géneros, pero, como médico, denunció las consecuencias nefastas de la represión sexual, incluso para las mujeres, y pensó la bisexualidad originaria del ser polimorfo. Así que, aparte del hecho de que Freud considera a la mujer como frustrada, castrada, con una vagina y por lo tanto una sexualidad pasiva, también postula la libido como un espacio común: una sola libido para hombres y mujeres, dentro de la cual se crea la complejidad de su sexualidad, compuesta de elementos tanto femeninos como masculinos.

⁶⁷ Gemma Vicente Arregui, «De la sexualidad originaria al sexo originado, Aportaciones del psicoanálisis al feminismo», *Thémata Revista de filosofía*, nº35, Sevilla, 2005, p. 721

*Existe sólo una libido, que entra al servicio de la función sexual tanto masculina como femenina. No podemos atribuirle sexo alguno.*⁶⁸

El bebe nace con una sexualidad informal: ni siquiera reconoce su propio cuerpo ni lo distingue del resto del mundo. La fuente de placer para el/la niño recién nacido es la madre: sujeto sexual original dándole el pecho. Lo que hace de la madre el ser más andrógino, y cuestiona particularmente la construcción de la sexualidad femenina heterosexual. El bebe bisexual pasa por diferentes fases: oral (el chupete) – anal (el caca sagrado) – fálica/vaginal, genital (la libido). Su desarrollo psicosexual se enculturará poco a poco, construyendo su identidad de género, violentamente durante la pubertad, hasta que suavemente se reapropie (o no) su complejidad tanto sexual como identitaria.

*La libido es de un mismo tipo y en los seres humanos se da una bisexualidad innata, que en el desarrollo psicosexual de cada individuo irá deviniendo de forma que éste llegue a ser varón o mujer. Y para el desarrollo de este proceso no es suficiente sólo la anatomía; además, cada individuo no deviene sólo varón, o sólo mujer, sino que siempre hay una mezcla en diversas proporciones en cada individuo.*⁶⁹

La cuestión de la bisexualidad originaria del ser humano en el psicoanálisis abre la posibilidad libertadora de interpretar de un nuevo modo la relación entre el cuerpo y el sexo, el género y la sexualidad. Porque si la existencia de dos sexos claramente diferenciados no es algo originario, las diferencias entre los mismos son bien culturales e históricas, son constructos. La consideración de cuerpos humanos fundamentalmente andróginos, desarrollando una sexualidad polimorfa primariamente bisexual, así permite separar la influencia corporal y anatómica del sexo, alejar toda norma natural para inscribirse totalmente en lo cultural. Así pues no se nace heterosexual, contrariamente a lo postulado en la mitología patriarcal heterocentrada de nuestras sociedades, tampoco se nace homosexual. El sexo, el género, la sexualidad así como la identidad que les incluye, son constructos culturales, sin base natural, construyéndose dentro de un solo espacio sexual, la libido única y compartida, singular y universal.

⁶⁸ Sigmund Freud, Traducción de José Luis Etcheverry, «Conferencia 33. La Feminidad», en *Obras completas de Sigmund Freud*, Vol. XXII, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936)*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires/Madrid, 1979, p. 122

⁶⁹ Gemma Vicente Arregui, *ibid.*

No existen dos sexos, los seres humanos no nos dividimos en humanos hombres y humanos mujeres. La feminidad y la masculinidad no son «naturales», sino que son fruto de un proceso, son constructos. El cuerpo no define los sexos, no hay en esta teoría una identidad sexual que sea siempre una y la misma, distinta de sólo otra (...). Se habla, por el contrario de una bisexualidad originaria, de cuerpos andróginos, de sexualidad pregenital y polimorfa, de inexistentes simbólicos.⁷⁰

Según Sigmund Freud, los seres humanos así nacen con un sexo anatómico, pero no con la posición subjetiva que cada uno habrá de asumir como ser sexuado, ni con una identidad sexual limitada, que se construirá entre identificaciones e interiorización de ideales culturales femeninos y masculinos, ni con una sexualidad preorientada. Entonces, no tiene sentido buscar una esencia de la masculinidad o una esencia de la feminidad, de considerarlas en sí mismas, porque son términos relacionales, inseparablemente asociados. Tampoco tiene sentido buscar una esencia de la sexualidad, una capacidad innata. El sexo es un acto cultural.

Los seres humanos nacen con capacidad de respuesta erótica a ambos sexos y son los factores sociales los que inclinan a la mayoría a preferir uno al otro.⁷¹

El psicoanálisis finalmente, devuelve al cuerpo su maleabilidad, necesariamente expresándose por el medio de un lenguaje cultural. Abre el prisma de la conceptualización psíquica de la realidad y de los sentimientos, desorientando los cuerpos complejos, para que recobren la libertad de su camino, para que recobren la responsabilidad de su destino, de su existencia, ya que no hay esencia prefabricada.

En concreto, cuestiona la importancia esencial de la reproducción sexual y la rígida diferenciación entre hombres y mujeres. Lo hace porque se interesa por el inconsciente y el deseo. El psicoanálisis postula que los individuos no son un productos definidos por imperativos biológicos ni tampoco el resultado simple de las relaciones sociales: el psicoanálisis propone que existe un ámbito psíquico, con sus propias normas e historia, en el que las posibilidades biológicas del organismo adquieren su significado.⁷²

⁷⁰ Gemma Vicente Arregui, *ibid.*

⁷¹ Olga Viñuales Sarasa, *op. cit.*, pp. 11-12

⁷² Jeffrey Weeks, *op. cit.*, p. 210

Falo y vagina, y ano

Si hemos podido comprobar que la noción de orientación sexual fijada perjudica el polimorfismo intrínseco de la sexualidad, tampoco se puede ignorar el peso de la genitalización de las relaciones sexuales. De hecho, aunque la sexualidad, cultural, no se vincula forzosamente con la función genital de la reproducción, sus relaciones quedan centradas en los genitales, no sólo fuentes de placer, sino también de poder. En el esquema tradicional, el hombre así posee el falo todopoderoso, su pene en erección conquistando el mundo. En las culturas patriarcales, el falo es un signo de poder, simbolizando la presencia del patriarca, por oposición a la ausencia de prominencia del sexo femenino. El dominio religioso puritano, escondiendo sus representaciones, ha restringido el falo al acto sexual pero en el mismo movimiento lo convirtió en símbolo de la conquista, heterocentrada. El psicoanálisis, con la teoría freudiana de la castración: fantasía originaria que explica la diferencia entre los sexos por la ablación del falo en la mujer; arraiga un poco más el falogocentrismo, ya que proyecta el falo como clave de la estructuración psíquica de la identidad del ser. Jacques Lacan además, hace del falo el significante del deseo, por lo tanto el depositario de la acción en la sexualidad. En la construcción de la identidad masculina del hombre, el pene está todavía sobrevalorizado: como emblema de la masculinidad viril, como fuente principal del sentimiento de poder social. Hoy en día es interesante constatar como el pene está confrontado con los pechos de la mujer como fuentes principales del deseo erótico, la jerarquización está clara, anatómica: zona erógena primaria contra secundaria.

A la vagina, no sólo menospreciada sino también ni siquiera considerada como fuente de deseo, sólo de placer, queda asociado una función pasiva. Callada, olvidada, la vagina todavía no está tan banalizada como el pene en los discursos, todavía incómoda:

«Vagina.» Ya está, lo he dicho. «Vagina» - lo digo otra vez. (...) Lo digo porque creo que lo que no se dice, no se ve, no se reconoce, no se recuerda. Lo que no se dice se convierte en un secreto y los secretos a menudo, engendran la vergüenza, el miedo y los mitos. Lo digo porque quiero un día poder decirlo sin sentirme incómoda, sin sentir vergüenza y culpabilidad.⁷³

⁷³ Eve Ensler, *Les Monologues du vagin*, Éd. Denoël, coll. & d'ailleurs, Paris, 2005, pp. 9-10

Aunque evoluciona la consideración de la sexualidad femenina, un silencio todavía rodea la vagina, conllevando ignorancia y mitos. La vagina está considerada como el origen y el misterio, atractivo e inquietante, del mundo. Vinculada con el imaginario de la Tierra Madre, con el vientre de la mujer-madre, la vagina es fuente de vida. Todo ser humano sale de una vagina – la mujer no ha salido de la costilla del hombre, es él que ha salido de su útero. Así, en la *Odisea*⁷⁴ identitaria de Odiseo, antes de emprender la última parte de su viaje, Odiseo queda escondido, encarcelado, en la gruta de Calipso: es el tiempo de su gestación. Pero cuando se enfrenta con Escila y Caribdis, monstruos femeninos saliendo de su gruta para devorar los seres, Odiseo siente el miedo de la devoración, que además de vincularse con el de la muerte, figura la idea de la mujer abismo, con una sexualidad tan infinita como su vagina que no se puede colmar, que deben regular los hombres. La alegoría de la caverna de Platón,⁷⁵ en la cual hombres encadenados aprenden la noción de realidad, su sombra y su eco hasta salir de la obscuridad, asimismo hace de la caverna la vagina, como representación de la interioridad. En *El Origen del mundo* de Gustave Courbet⁷⁶, pintura simbólica por su título y representación realista y salvaje del sexo femenino, el pintor parece finalmente más devolverle su corporalidad que simbolizarlo: pinta el cuerpo al origen del mundo, no su símbolo. La vagina de hecho sólo es una parte del sexo femenino, la parte interna, el paso hacia el útero, pero también hacia el clítoris, la vulva, los labios: múltiples instrumentos del placer, y del deseo.

Además de los órganos genitales de la reproducción, y entre otros, está el ano, orificio sexual compartido y controvertido. El ano se parece a una boca, boca del vientre – el vientre como fuente de las emociones. El ano es ante todo reconocido por sus excrementos, la parte fea, olorosa del cuerpo, pero también lo que sale de las entrañas, la realidad bruta del cuerpo. Hacer del sexo anal un acto malo y sucio así no fue una tarea muy difícil para la religión: inventó el pecado de sodomía, condenando ante todo una práctica sexual no justificada por la procreación. Lo que es interesante es que este pecado puede cometerse por un hombre y una mujer, dos hombres, o, añadiendo otras prácticas anales como el anilingus, dos mujeres; es un pecado igualmente represivo. Sin embargo, ciertamente reagrupando los pecados para simplificar el aprendizaje de la buena moral, la religión hizo del sexo anal la propiedad de la

⁷⁴ Homero, *Odisea*, Traducción de Fernando Gutiérrez, Ed. Planeta, col. Booket, Barcelona, 2004

⁷⁵ Platon, Traducción de Georges Leroux, *La République*, Livre VII, Éd. Flammarion, coll. GF, Paris, 2004

⁷⁶ p. 39

homosexualidad, lo que sigue teniendo efectos. ¿Es que las personas identificándose como heterosexual o bisexual no tienen ano? Sí, el ano es lo que todos los seres humanos tienen en común. Por el ano, todos defecan, cual sea su origen, su cultura, su género, su sexo, su edad, su posición social, su religión. Por el ano, todos pueden hacer el amor. Además en la sexualidad el ano, ya que es un orificio sexual neutro, escapa a las consideraciones de género, sin escapar al erotismo. El ano es una zona erógena modelable, dilatada, adaptable, compartida. Como lo desarrolla el artista Will Delvoye en su obra, el ano así podría substituirse al símbolo fálico, ya que es más polivalente, neutro, andrógino, finalmente universal. ¿Sería el ano el agujero de la igualdad? El ano también puede ser poético:

*Oscuro y fruncido como un clavel morado,
respira, abrigado entre el musgo humildemente,
húmedo aun del amor que fluye lentamente
por sus blancas nalgas hasta su borde orlado.*

*Filamentos parecidos a lágrimas de leche
lloraron, rechazados por la ventisca monstruosa,
cruzando pequeños coágulos de lodo rosa
hacia donde la vertiente los llama a perderse.*

*Mi Sueño se ha unido a menudo a su ventosa;
mi alma, del coito material anhelosa,
lo hizo su lagrimal y de sus llantos morada.*

*Es el olivo desmayado, y la flauta mimosa;
es el tubo en que descenden golosinas gloriosas:
¡Canaán femenina entre humedades aislada!*

Arthur Rimbaud & Paul Verlaine, *Soneto del hueco del culo*⁷⁷

⁷⁷ Arthur Rimbaud & Paul Verlaine, *Soneto del hueco del culo*, en el *Álbum zutique* del Círculo de los Zutistas, París, 1872, en *Album zutique: présentation, transcription typographique et commentaires*, Dir. Pascal Pia, Éd. Slatkine, Genève, 1981

Androginia y transgenerismo

El ser, como su sexualidad, es polimorfa; su cuerpo, fundamentalmente andrógino, que sea o no visible. Porque su género, que no se limita a su sexo, es necesariamente una mezcla de géneros. Pero en la sociedad de las apariencias y de la categorización, el sentimiento de esta complejidad no es siempre fácil de expresar, sobre todo si su expresión no entra en las categorías establecidas. Así, se puede que un llamado hombre, porque tiene barba, pene y un cariotipo XY, se sienta más femenino que masculino, se sienta mujer. O que una mujer se sienta hombre. Su sentimiento así no corresponde al género preeminente presupuesto por su anatomía; se identifican y están identificad@s como transgéneros. El transgenerismo concierne personas que se sienten atrapadas en un cuerpo extraño, que no representa su género dominante, y entonces desconcertadas ante las expectativas de una sociedad que les pide comportarse como algo que no son. Adoptando los códigos del género femenino o masculino que han elegido, prefieren vivir según su sentimiento que según su anatomía. El género con el que se identifican está, como para todo ser humano, en su cabeza no en sus genitales. Y este género, como para todo ser humano, se construye, se viste, se siente, se representa:

¡Qué mentira es el refrán de que el hábito no hace al monje! Es justo lo contrario: Vestido en la calle todavía me pienso a veces en lenguaje masculino; jamás vestida como estoy aquí o en la Clínica. La suavidad del raso feminiza la piel por su sola caricia, así como las braguitas me insertan un clítoris. Me doy cuenta del gran paso que me hizo dar Farida al imponerme el liguero, que llevo con tanto orgullo como una banda honorífica. Las medias ascienden con él hasta la cintura, visten el medio cuerpo erótico, persisten en un roce estimulante. A cada paso los tirantes se mueven sobre el muslo desnudo y lo acarician; cambian de posición al sentarme, al cruzar las piernas; reiteran sin cesar mi feminización. Y mi hábito hace a la mujer, me impone costumbres y rutinas que con el tiempo, estoy segura, devendrán instintos. Ya no dudo: orino siempre sentada.⁷⁸

Es además interesante constatar que ser transgénero es un sentimiento identitario que no guarda relación con la inclinación sexual. A partir del momento que un@ se identifica como transgénero, poco importa a l@s otr@s que sea heterosexual,

⁷⁸ José Luis Sampedro, *El Amante lesbiano*, Ed. Random House Mondadori, col. Debols!llo, Barcelona, 2011, p. 203

bisexual o homosexual, como si prevaleciera esta vez su identidad de género sobre su sexualidad. Así que finalmente ¿la preferencia sexual no tiene vínculo con el género? El transgenerismo tanto puntea la contingencia del vínculo entre sexo y género que entre género y sexualidad. La existencia del transgenerismo cuestiona el concepto de género y el rigor de su acepción bipolarizada, le da la vuelta, hasta a veces construirse por negación. El transgenerismo también permite crear imágenes fuertes, como hombres embarazados, recordando contra viento y marea que el ser es fundamentalmente cultural. Hablo a propósito de transgenerismo y no de transexualidad, porque el término transexualidad está vinculado con la genitalización simplista de las identidades. De hecho, aunque se opone al ascendente de los genitales en el sentimiento identitario, la transexualidad queda focalizada sobre lo genital. Aun si una persona siente la necesidad de cambiar de sexo, ¿se cree que después de la operación no se sentirá ya más transgénero? El transgenerismo está asumido, sea cual sea su sexo, sea cual sea su sexualidad; es una consideración de género. El cambio de sexo, cuando uno lo ve necesario para sentirse en acuerdo con sí mismo, incluye necesariamente una violencia hacia su propio cuerpo, ciertamente relacionada con la presión social puesta sobre el vínculo sexo-género. En un mundo ideal, el transgenerismo ni se notaría, cada uno pudiendo vivir su sentimiento de género sin tener que asimilarlo a códigos de conducta prefabricados. En un mundo ideal, el transgenerismo sería una expresión entre otras del androginismo del cuerpo.

La androginia reagrupa personas cuya apariencia no permite definir su género dominante y personas que reivindican la complejidad de su identidad de género, ni totalmente masculina ni totalmente femenina. Según la segunda acepción y menos la reivindicación, todos los seres humanos son fundamentalmente andróginos. Si existiera algo como una libertad de género, tampoco sería muy necesario plantear la androginia en la diferencia, ya que sería universal en su fondo, singular en su forma. El mito originario de la androginia, la primera vez que fue mencionada, aparece en *El Banquete*⁷⁹ de Platón, en el cual pone en escena seres que reúnen en su cuerpo el género masculino y el género femenino. Según el mito, los seres andróginos, intentando invadir el Monte Olimpo, fueron castigados por Zeus, que les dividió en dos con su rayo. Esta teoría se vincula con la idea del amor que postula que un individuo anda por la vida buscando a

⁷⁹ Platon, Traduction de Luc Brisson, *Le Banquet*, Éd. Flammarion, coll. GF, Paris, 1999

su otra mitad, su media naranja, entonces del género opuesto. Se puede imaginar, quitando la violencia del mito y su simbolismo reductor, que los seres andróginos no fueron seccionados y que siguen siendo una naranja entera, buscando (o no) otra(s) para hacer una ensalada de frutas. Se podría reunir el ser en su complejidad, no desfragmentado sino enriquecido por sus identificaciones varias, devolverle su unicidad original, como ser humano, y dejarle hacer el amor más que encajarse.

CAPÍTULO III
CUERPOS ANDRÓGINOS BUSCAN LIBERTAD IDENTITARIA Y
SEXUAL

LA COMPLEJIDAD DE LA IDENTIDAD SEXUAL

La identidad del ser, que contiene su identidad sexual, es imposible de definir en su singular complejidad. Pero ya que está subdividida en categorías y vinculada con su entorno, con la/el otrø, se puede estudiar sus declinaciones y relaciones. La identidad sexual está a menudo asimilada a la identidad de género y de hecho coinciden, ya que no hay sexo sin género. Pero elegir de hablar de identidad sexual permite también incluir la sexualidad, como aplicación pero también como parte de la identidad sexual.

Identidad sexual, identidad de género

La identidad de género se refiere a la vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente profundamente, la cual podría corresponder o no con el sexo asignado al momento del nacimiento, incluyendo la vivencia personal del cuerpo (que podría involucrar la modificación de la apariencia o la función corporal a través de medios médicos, quirúrgicos o de otra índole, siempre que la misma sea libremente escogida) y otras expresiones de género, incluyendo la vestimenta, el modo de hablar y los modales.⁸⁰

La definición legal, tal como está definida en el preámbulo de *Los Principios de Yogyakarta*: principios legales sobre la aplicación de la *Declaración universal de los derechos humanos* en relación con la orientación sexual y la identidad de género, ratificados, entre otros países, por España y Francia; es inequívoca, la identidad de género no se vincula necesariamente con el sexo anatómico, la identidad sexual tampoco. Socialmente, ya que en las sociedades patriarcales los humanos están separados en dos géneros, a primera vista se postula que una persona con un cariotipo XX y una vagina es una mujer, y que una persona con un cariotipo XY y un pene es un hombre. Pero no sólo hay personas con combinación de cromosomas diferentes, o con órganos sexuales bisexuados o intersexuados, sino también que en el caso del

⁸⁰ *Principios de Yogyakarta. Principios sobre la aplicación de la legislación internacional de derechos humanos en relación con la orientación sexual y la identidad de género*, «Preámbulo», Dir. Sonia Onufer Corrêa & Vitit Muntarbhorn, 2007, p. 8

transgenerismo o, en otra medida, de la androginia, el sexo no corresponde con el género vivido. Si la identidad sexual social admite al género reivindicado por unϕ, si está reconocido por los otros, ligado o no con su sexo, tampoco hay muchas opciones reconocidas: dos «verdaderas» y dos «derivadas». De hecho, si unϕ no se siente hombre ni mujer, no hay otro género, sólo puede estar entre o en los géneros definidos, transgénero o andrógino. No es el caso en todas las culturas, para algunas existen un tercer género (o más) que es tan oficial como los otros – los Berdaches amerindios por ejemplo, ni hombres ni mujeres. La identidad sexual, o más bien los aspectos considerados como correspondiendo a cierta apariencia y conducta según el género, obviamente varían de cultura en cultura.

Pero no es necesario salir de la cultura occidental para demostrar lo aleatorio de la consideración del género. De hecho, además del órgano reproductor está socialmente asignado a cada género una variedad de atributos físicos groseramente definidos como indicadores del género – que nunca corresponden exactamente: la forma del cuerpo por ejemplo, más o menos cuadrada, más o menos redonda; la pilosidad facial; el tono de la voz, más o menos grave, más o menos agudo; sin hablar de las personalidades, de los gustos indumentarios, deportivos. Toda identidad sexual, tan compleja como singular, discrepa necesariamente de los estereotipos fijados de hombre o de mujer; algunas más que otras. Hay tantos matices y complejidades de identidad sexual y de género que hay seres humanos en la Tierra. De hecho, la identidad de género, definida según la preponderancia de femenino o de masculino, en realidad contiene una mezcla de rasgos masculinos y femeninos, en diversas proporciones, dibujando su propia singularidad de género. Además, las identidades no son inmóviles, terminadas, más bien encarnan un camino identitario sinuoso, animado e infinito, en evolución permanente y absurda; una problemática, un refugio. Porque la identidad que se levanta cada mañana es el conjunto complejo y día tras día renovado de la herencia del ser, de su reapropiación y de su aplicación en su entorno, orientado por la búsqueda de su propio ideal, general, sexual, poético.

*La identidad debe ser asumida continuamente e inmediatamente puesta en cuestión.*⁸¹

⁸¹ Jane Gallop, *Feminism and psychoanalysis, The Daughter's seduction*, Ed. Macmillan, London, 1982

La Identidad sexual orientada hacia la/el otrø

La identidad sexual hace referencia a cómo un individuo se identifica con las características de hombre o mujer, cómo se siente y cómo se ve desde dentro, cuales son los roles que asume como suyos y cómo se desenvuelve socialmente conforme a la percepción que tiene de sus características sexuales. No deja de ser por tanto sino una manera de relación entre el individuo y su entorno.⁸²

La identidad del ser, sexual entre otras, está necesariamente vinculada con su entorno cultural, entre apropiaciones y rechazos, pasando por mimetismos. Su identidad es su inscripción en la realidad modelable. El ser está integrado al mundo y necesita la mirada del mundo para confirmar su presencia. Porque su identidad está intrínsecamente vinculada con la alteridad, la suya y la del/de la otrø, ya que la/el otrø es un(a) otrø que sí mismø, pero también un(a) otrø sí mismø. El/la otrø es el reflejo de la humanidad de la/del unø, que a la vez se establece diferenciándose de el/ella; la/el otrø confirma el ser en su singularidad, único e igual, semejante y diferente. La identidad además se altera al contacto de otrø, se adapta, se modifica. No es independiente, está relacionada y el movimiento de su progreso es paralelo al del mundo. De modo que la gestión identitaria es a la vez individual y colectiva, y la búsqueda identitaria, sembrada de pertenencias. La identidad sexual necesariamente orienta las relaciones con el/la otrø en las sociedades bipolarizadas, así como las identidades sexuales consideradas como minoritarias componen con su estigmatización, a menudo reforzando un sentimiento comunitario. La orientación sexual también vehicula ciertos estereotipos de género, apropiados o rechazados, pero siempre participando a la creación del prisma de la primera mirada.

La identidad nos hace posibles, inteligibles para nosotros mismos y para los demás. Al mismo tiempo, la identidad es algo imposible en el sentido de que nunca se logra fijar y que siempre está amenazada por el inconsciente y por la mirada del otro, de cuyo reconocimiento depende su viabilidad. La necesidad de fijar una identidad indica, pues, que somos seres sociales, que somos reconocibles como humanos en la medida que abrazamos y somos abrazados por categorías que nos

⁸² Carmen Sánchez Carrión, «La sexualidad en jóvenes, El disfrute de la sexualidad», en *Educación para la salud sexual*, op. cit., p. 125

*otorgan reconocimiento. La identidad es un intento, nunca alcanzado, de mostrarnos a nosotros mismos como seres coherentes, sin fisuras. En este sentido, las identidades suponen una tentativa de cierre o una máscara que nos impide asumir nuestra radical singularidad y la complejidad de nuestra subjetividad.*⁸³

La identidad, orientada hacia la/el otrø es también una representación, en la cual el ser se viste de su personaje. El ser parece a la vez crear lo que es y padecer de ello, influenciado por la imagen que los otrø le devuelven. La representación siempre es perversa, ya que a la vez distingue y mezcla el ser y el parecer, la identidad sentida y la identidad reconocida. El personaje, del latín *per-sonare*, es la máscara (del actor antiguo) que suena, que lleva la voz; la máscara así fija y disimula los rasgos pero también les permite hacer oír su voz, relacionarse. La apariencia es superficial, pero es el medio de interacción con el/la otrø, una parte integrante de la unidad del ser y el espacio de su espontaneidad. El personaje, constituido de representaciones conscientes e inconscientes, es por lo tanto una parte importante de la identidad, porque también encarna la/el que actúa y es mediante su acción que la identidad se inscribe en su entorno, que está reconocida. El personaje a veces disimula, a menudo protege, pero es sobre todo el traje social del ser interactuando. Cada individuo es actor en la representación de su propia vida, se viste de sus personajes, sin poder siempre esconder su sonrisa detrás de su máscara. En la escena sexual de la identidad, los personajes más famosos son el hombre y la mujer, encarnados, apropiados o ironizados, llenos de simbolismos y vacíos de sentido invariable, sensuales y sexualizados. Identificarse con cierta identidad sexual, aún más si está preorientada, es de hecho un mensaje hacia el/la otrø, una invitación o una barrera, una reivindicación o una vergüenza, pero nunca se encajan perfectamente la complejidad de la personalidad con su personaje.

*La identidad sexual es la representación pública de los fines y objetivos sensuales integrados en la personalidad.*⁸⁴

⁸³ Gerard Coll-Planas, op. cit., p. 221

⁸⁴ Rosalind Coward, *Patriarchal precedents, Sexuality y social relations*, Ed. Routledge & Kegan Paul, London, 1983

La Expresión sexual de la identidad

*Es tremendamente difícil crear etiquetas que describan la diversidad de posibilidades en la identidad y orientación sexual, más aún que las personas se sientan plenamente identificadas con una de ellas. Tal vez porque la sexualidad humana no es un concepto absoluto e inamovible, sino que estamos en continua evolución a lo largo de nuestras vidas.*⁸⁵

La sexualidad del ser es tan compleja y movediza como la identidad que expresa. Limitar una sexualidad a su orientación o limitar una identidad a su género, es tratar de substituir una esencia fantaseada a su primordial existencia, es tratar de convertir en imágenes realidades vivas, incondicionales y efímeras. Es finalmente tratar de reducir los tejidos identitarios de elementos sexuales heterogéneos inseparablemente asociados a algunos hilos, directorios. Si escuchamos el discurso religioso, de todo modo la sexualidad es degenerada así que ¿por qué cargarse de géneros? La sexualidad de los géneros no se puede pensar en binario. El sexo no es un substrato, el género no es un presupuesto, no existen ni dos géneros ni dos sexos, ni dos sexualidades sólo diversidad, tan universal como singular, obvia, necesaria, liberadora. Si la identidad sexual tiende a orientarse por un lado u otro, es que bien tiene que caminar, pero el camino está sembrado de cruces. El sexo, el género, las prácticas sexuales y la orientación sexual no se entredeterminan, se relacionan, se inventan. Y la identidad sexual psíquica de un individuo y su objeto de deseo sexual son tan independientes como pendiente de relacionarse.

La sexualidad, siendo un lugar de expresión y de relaciones de la identidad, es de hecho también la área de juego, de desarrollo de todas sus dudas, sus indecisiones, sus bloqueos, sus dolores, sus preguntas. Enfrentarse con ellas en lugar de estereotiparlas – inscribirlas en gestos influenciados por la sumisión interiorizada del ser humano en la sociedad capitalista, así puede también convertir la sexualidad en un lugar de resolución, de reconciliación, con la/el otrø y con sí mismø. En un mundo donde la individualidad del ser sólo parece realmente valorizada en sus ocios – a fines no lucrativos, en una sociedad donde el individuo principalmente se sitúa según su función, aparece primordial devolverle su sustancia, su subjetividad identitaria, como medio de

⁸⁵ Inmaculada Fernández Agís, «Identidad sexual, diversidad sexual y dimensiones de la sexuación», en *Educación para la salud sexual*, op. cit., p. 109

acción. De hecho, al realizarse la identidad permite participar, crear – el mundo, su propia realidad, su propia sexualidad. En vez de cuestionarse (o no) sobre inclinaciones, orientaciones, categorías, imágenes, parece más bien necesario volver a aprender a sentir, para recobrar su poder de creación vital, sexual, identitaria. La sexualidad finalmente, desorientándose un poco para recobrar su libertad de interpretación, puede ser un lugar de realización del ser, un espacio de libertad en el que, subjetivamente, puede expresarse la radical singularidad de la complejidad de su identidad, puede expresarse en un gesto tantas palabras intentando nombrar el sentimiento apropiado de la libertad.

La orientación sexual o identidad de género que cada persona defina para sí, es esencial para su personalidad y constituye uno de los aspectos fundamentales de su autodeterminación, su dignidad y su libertad.⁸⁶

⁸⁶ *Principios de Yogyakarta. Principios sobre la aplicación de la legislación internacional de derechos humanos en relación con la orientación sexual y la identidad de género*, «Principio 3: El derecho al reconocimiento de la personalidad jurídica», op. cit., p. 12

ACTIVISMO FEMINISTA, LESBIANO, GAY, BISEXUAL Y TRANSGÉNERO (LGBT)

La liberación de los cuerpos, de las identidades y de sus sexualidades, pasó y pasa por la acción colectiva a favor de la dignidad y de la libertad humana, por el activismo. En el caso particular y universal de la identidad de género, sexual y sexualizada, el activismo feminista y LGBT participó y participa en abrir las conciencias, fomentar la igualdad, construir la base de un nuevo paradigma humano, transmitir un mensaje de amor. Aún queda mucho por hacer, en las mentalidades, las sociedades, las culturas y en el activismo mismo, ya que cuestionar necesariamente empieza por cuestionarse a sí mismø.

Activismo y liberación sexual

Ya está entendido que el ser humano es un ser fundamentalmente cultural. La cultura acondiciona su forma de pensar, de sentir, modela su cuerpo, lo define, lo esculpe. El reconocimiento de esta realidad cultural no sólo deja asombrado frente a su propio cuerpo y sus gestos de autómeta, sino que también permite tomar conciencia del poder que tiene el ser sobre su propia existencia. La cultura es una alteración, una modificación, una mejora – según el punto de vista, de la naturaleza; es un movimiento continuo vinculando individuos, hasta que formen un grupo. Entonces, siempre puede alterarse, modificarse, mejorarse a su torno, cambiando el entorno. Y como la cultura se piensa necesariamente al plural, las propuestas de cambio, las necesidades de cambio tienen que ser relegadas por grupos – siempre pequeños al principio, ya que sólo pueden nacer de iniciativas individuales, ya que el múltiple emana del/de la unø.

No dudes jamás de la capacidad de tan sólo un grupo de ciudadanos conscientes y comprometidos para cambiar el mundo. De hecho, siempre ha sido así.⁸⁷

⁸⁷ Margaret Mead & Rhoda Bubendey Métraux, *Margaret Mead: Some personal views*, Ed. Angus & Robertson, Sydney, 1979, p. 91

Aquí entra el activismo en escena. El cuestionamiento de la medicalización de la identidad sexual y su simetría religiosa, tanto como la reivindicación de un nuevo paradigma social compuesto de seres maleables y abiertos a la libre construcción de sus identidades, más allá de la bipolarización masculino/femenino, homosexualidad/heterosexualidad, fueron hecho posible, fueron y siguen llevados por los movimientos feministas y LGBT. Porque además de mostrar por su propia existencia la diversidad inherente de las identidades sexuales, estos movimientos devolvieron a la responsabilidad y por lo tanto a la libertad de elección su lugar primario. De hecho, no hay libertad sin responsabilidad y la vida es cuestión de elecciones, abiertas y efímeras, cada día cuestionadas, reapropiadas; y de sentimientos.

El surgimiento de los movimientos feministas, de lesbianas y de gays junto con otros movimientos sexuales radicales en la década de los setenta había transformado los términos del debate sobre la sexualidad, al incluir en el programa más intensamente que nunca tres conceptos clave: poder, diversidad y elección. La sexualidad no venía dada naturalmente, sino que se moldeaba a través de relaciones de poder de gran complejidad histórica. No existía una única forma de sexualidad «natural», biológicamente dada, a partir de la cual se explicaran las desviaciones antinaturales; al contrario, había todo un espectro de posibilidades sexuales, una miríada de diferencias, que daba lugar a diversas prácticas e identidades sexuales. Esto, a su vez, sugería que la sexualidad, y especialmente la identidad sexual, no era un destino sino en gran medida una cuestión de elecciones personales. Puede que no podamos escoger la manera en la que sentimos, lo que deseamos, pero podemos elegir lo que hacemos con esos sentimientos y deseos.⁸⁸

Los movimientos feministas y LGBT, declinándose en una variedad de corrientes, son movimientos particulares en cuanto a sus reivindicaciones porque necesariamente tienen prioridades propias en la aplicación de sus ideas. Pero sus ideas y el prisma de visión que abren en la consideración de lo humano son universalizables, ya que reflejan a la humanidad. La homo, hetero, bisexualidad, el transgenerismo, no sólo son categorías, temas afectando a grupos bien delimitados, sino también expresiones particulares de una misma identidad, la identidad humana, y su sexualidad. No sólo tienen que ver con prácticas singulares, sino que también interpelan al conjunto de la

⁸⁸ Jeffrey Weeks, op. cit., p. 6

población, dado que cuestionan un sistema al cual participa, dado que tocan a procesos sociales claves como la gestión de la sexualidad, las desigualdades, la reproducción de las diferencias de género, la posibilidad de la libertad. Si existen estos movimientos es porque existen desigualdades, injusticias, sufrimientos contra los cuales luchar, y la eficacia pasa por cierta especialización, diferenciación; es porque es necesario restablecer la igualdad antes de fundirse en la humanidad indiferente. La meta última de hecho es la indiferencia, no la indiferencia irresponsable, sino la in-diferencia libre. Ya que la diversidad humana está tanto compuesta de las diferencias de su diversidad como de la semejanza de su humanidad. El objetivo político último así no es el logro de derechos diferenciados, sino de consideración igualitaria en el derecho. El objetivo es la rearticulación de los presupuestos sexuales e identitarios, la rearticulación de la norma – para superar la bipolarización de las posibilidades, substituir la diversidad a la categorización, liberarse del pensamiento en binario y alcanzar el pensamiento de la libertad.

Hombres y feminismo: ¿hacia el generoísmo?

Si nos fijamos en el feminismo, podemos decir que no sólo es un movimiento social, una lucha para la igualdad de derechos entre géneros, sino también y primero un prisma de pensamiento, un prisma de género. Si nos fijamos en el feminismo, una ausencia se hace obnubilante: faltan los hombres. ¿Y los feministas? Tanto como se confunden sexualidad y heterosexualidad en el patriarcado, parece a menudo confundirse patriarcado y hombre en el feminismo. ¿Cómo se puede reivindicar la complejidad de género, la igualdad entre hombres y mujeres y excluir a los hombres? Excluyendo a los hombres, el feminismo finalmente prosigue la interpretación heterocentrada del patriarcado en su definición de las relaciones mujeres/hombres: la bipolarización queda vigente y el otro sigue siendo otro, no un igual. La mejor manera de actuar contra un sistema opresivo es aplicar su propio paradigma, con sus propias definiciones, no sólo reaccionar contra las definiciones del paradigma en vigor.

*Porque las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo. Quizá nos permitan obtener una victoria pasajera siguiendo sus reglas del juego, pero nunca nos valdrán para efectuar un auténtico cambio.*⁸⁹

Y si reivindicarse feminista no parece muy espontáneo para un hombre, aun consciente, la reflexión sobre el género automáticamente lo incluye, junto con el/la transgénero, la/el andrógino. Se puede que el problema esté en el término, *feminismo*, demasiado femenino, hasta frenar la inclusión de los hombres en el movimiento, ¿por qué no el generoísmo? Un poco de heroísmo no estará de más.

El generoísmo sería constituido no de hombres y mujeres, sino de individuos luchando contra el mismo sistema opresivo y liberticida por su igualdad y libertad de género – ¿genheroínas y genhéros? Obviamente, queda necesario la acción feminista de concienciación, de educación, de visibilización de lo femenino, pero más generalmente parece importante fijarse en la noción de complejidad en el concepto de género, ya que las identidades están siempre formadas por una sabia mezcla singular de feminidad y masculinidad. Además, las consideraciones tanto como las discriminaciones de género son un problema de interés común, que impide liberar las identidades y las sexualidades de la bipolarización simplista y jerarquizada del género, que impide realizarse. Habría también que estudiar de más cerca el género masculino, que también padece sexismo, también padece androfobia – nombrarlos en voz alta y evaluar sus repercusiones. Se podría desarrollar una reflexión semejante con los heterosexuales y el movimiento LGBT. En el feminismo hoy en día, me parece interesante el movimiento FEMEN, nacido en Ucrania, que se extiende a toda velocidad. Su principal medio de acción es hacer performances con el pecho desnudo, lo que provoca mucho puritanismo. Pero esas mujeres así se reapropian su cuerpo, el cuerpo femenino que está desnudado en todos los muros y pantallas por hombres, dirigiéndole, pero que cuando usa su desnudez a su antojo, choca. FEMEN participa en la banalización del cuerpo, substituye la realidad a la imagen. La performance además es un medio muy potente de reivindicación, artística, creativa, subversiva, visible. Pero de nuevo, aunque el nombre parecía prestarse a la complejidad – FE-MEN; faltan los hombres, performando con ellas, con el torso desnudo.

⁸⁹ Audre Lorde, *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*, Ed. horas y HORAS, Madrid, 2003, p. 118

El Matrimonio para tod@s

El debate que causa estragos en este momento en Francia, sobre el derecho de los homosexuales al matrimonio y a la adopción, es tristemente elocuente del estado patriarcal de las mentalidades occidentales, y del labor que queda por hacer para los activistas. Sin pararnos sobre las declaraciones violentamente homófobas que se oyen en este tipo de contexto, volvamos un poco sobre los argumentos avanzados por los opositor@s. El heterocentrismo, la fantasía de una sexualidad natural – según Dios y los animales, que tiene como función fundamental la reproducción, es de hecho la más anclada. Además de su falsedad heterosexista que ya hemos demostrado, no sólo denigra a las parejas heterosexuales sin hijos, por elección, y felices; sino también que a menudo se vincula con un supuesto miedo de la extinción de la especie humana. Considerando el problema de la sobrepoblación de la Tierra y el hecho de que los orfanatos están llenos, con niños que sólo piden amor y sueñan con una familia, sólo es ridículo. La segunda idea, derivando de la primera, que más está reivindicada, es que sería peligroso para el equilibrio de los niños, que necesitan crecer en una familia heterosexual, tener un referente masculino y un referente femenino para desarrollarse en condiciones. ¿Así que ser heterosexual significa de hecho ser una buena madre o un buen padre? Las víctimas de maltratos familiares podrán testimoniar. ¿Tener p/madres heterosexuales es la condición *sine qua non* para ser equilibrad@s? Llamamos a declarar a los asesinos, los violadores, los terroristas, Adolf Hitler, Iósif Stalin, Augusto Pinochet, Margaret Thatcher, Bachar Al-Assad y tantos más. En cuanto a los referentes, ¿qué hacemos de las tantas familias monoparentales? ¿Entonces son subfamilias? Además y ante todo, como ya lo hemos demostrado también, los referentes masculinos y femeninos existen en cada individuo, independientemente de su sexo, de su género dominante y de su sexualidad. Nada que temer para la complejidad de género de los niños. Lo único que necesitan niños para desarrollarse, realizarse y ser felices, es amor. Crecer en una sociedad tolerante y abierta también ayuda.

De modo que lo más hipócrita en el discurso de los oponentes al matrimonio y a la adopción para tod@s, es que lo más a menudo se esconden detrás de los niños, los pobres niños de familias degeneradas que tanto van a sufrir, en la consideración social, en las escuelas – porque los niños son crueles. Pero el problema no es el sufrimiento, el

sufrimiento es la consecuencia, el problema es la consideración. Los niños no son crueles por naturaleza, un poco bruscos ya que todavía no han interiorizados todos los filtros de la enculturación, pero sólo repiten lo que oyen en casa. Los hijos de homófobos, de racistas, de religiosos integristas, de intolerantes de todos bordos son los que maltratan a los hijos de transgéneros, de bisexuales, de homosexuales, de color o con gafas, y son ellos que faltan de equilibrio, creciendo en el odio de la/del otro. Invertir el problema y hacer de las víctimas los culpables de su victimización es desgraciadamente un proceso común de la opresión. Basta con pensar en las víctimas de violación, con sus faldas culpables. Además, un(a) niño crece en cierto entorno que construye su realidad, que orienta su mirada y fomenta sus ideas; su realidad durante su infancia es la propuesta por sus p/madres. Así, si uno no ha sido criado en un entorno que le enseña que todo lo que sale del heterocentrismo es malo, o que una familia es necesariamente construida por un padre con una llave inglesa y su pene bajo el brazo, y una madre con su trapo y su vagina en la mano, no lo dará por sentado, no lo considerará como algo normal; sólo podrá constatar asombrado la uniformización de las identidades que fomenta el pensamiento patriarcal heterocentrado.

De todas maneras, en la práctica ya existen numerosas familias no heterocentradas, ya que la sexualidad de una persona varía a lo largo de su vida, que una lesbiana siempre podrá quedarse embarazada si quiere; y los niños son felices, aún sin comer perdices. De nuevo, la práctica invalida la teoría patriarcal. Aquí tocamos algo: el verdadero problema del matrimonio para todos es que cuestiona fundamentalmente la mitología patriarcal, hasta podría contribuir a la liberación de las identidades y su sexualidad. Lo más triste y doloroso finalmente es la homofobia, porque a partir del momento que uno piensa que un(a) homosexual no tiene las mismas capacidades ni merece los mismos derechos que otro, es homófobo. Ningún ser humano es ilegal y todos no sólo tienen derecho a los mismos derechos por su humanidad – no por sus identidades, sexualidades o gustos particulares, sino también a la misma consideración social, humana. Todo ser humano debe tener derecho a ser reconocido responsable y por lo tanto libre. Lo que es verdad en este debate es que la palabra *matrimonio* no conviene, para nadie, porque como lo hemos visto precedentemente,⁹⁰ su etimología es fundamentalmente patriarcal, heterocentrada y reproductiva. No, el matrimonio no es el

⁹⁰ p. 31

momento en el cual un hombre toma una mujer para convertirla en madre, el matrimonio, ¿o más bien la unión?, tendría que ser, para todos, el momento en el cual dos personas se unen, libremente, para oficialmente compartir un momento de vida, con o sin hijos, pero con derechos y deberes. Finalmente, sólo recordemos que los valores, la bondad, las capacidades y las cualidades de una persona por supuesto no dependen de su orientación sexual o de su identidad de género. Sí que hay niños que necesitan y seguirán necesitando cual sea su formato familiar, estar quitados de las manos de m/padres peligrosos y desequilibrados, pero el problema no viene ni vendrá de la orientación sexual de los p/madres concernidos, sino de sus acciones como individuos singulares, responsables y libres. Queda por citar la legislación internacional de derechos humanos y respetar la ley:

Toda persona tiene el derecho a formar una familia, con independencia de su orientación sexual o identidad de género. Existen diversas configuraciones de familias. Ninguna familia puede ser sometida a discriminación basada en la orientación sexual o identidad de género de cualquiera de sus integrantes.

Los estados adoptarán todas las medidas legislativas, administrativas y de otra índole que sean necesarias a fin de asegurar el derecho a formar una familia, incluso a través del acceso a adopción o a reproducción asistida (incluyendo la inseminación por donante), sin discriminación por motivos de orientación sexual o identidad de género.⁹¹

⁹¹ *Principios de Yogyakarta. Principios sobre la aplicación de la legislación internacional de derechos humanos en relación con la orientación sexual y la identidad de género*, «Principio 24: El derecho a formar una familia», op. cit., p. 29

LIBERTAD, IGUALDAD, SEXUALIDAD

La liberación social del Múltiple necesariamente pasa por la liberación identitaria de la/del Unφ, igual al/a la Otrφ. Y liberarse, recobrar la dignidad y libertad humana en la más íntima y bruta expresión de la identidad, pasa por la liberación de su sexualidad. Pasa por el hecho de cuestionar e impedir el desarrollo de gestos automáticos de autosumisión en su propia intimidad y así recobrar su poder de creación fundamental. Multiplicada por los otros, llevada por movimientos, la liberación de la sexualidad sembrará los gérmenes de una revolución moral y política, íntima y social.

Liberarse antes de querer alcanzar la libertad

Liberarse además de libertad contiene la idea de luchar en contra, de despojarse de lo que impide la libertad, por sí mismφ y ante todo, en sí mismφ. Porque la liberación, antes de poder aplicarse a sistemas exteriores pasa necesariamente por la posibilidad de cuestionarlos, de cuestionar lo que han inscrito en su propio cuerpo – como adquirido. De modo que la liberación se vincula simultáneamente con la necesidad de la educación; la educación que, abriendo varios prismas de reflexión, ayuda a desarrollar un espíritu crítico, una sexualidad crítica y permite librarse de la influencia de los discursos represivos pero comunes y normalizados, que niegan el pluralismo humano, su contingencia, su libertad.

Un discurso común: la idea de que hay una sexualidad única, que algunos sumos sacerdotes de la moralidad (ya se trate de verdaderos predicadores, científicos o políticos) alegan saber más y mejor que los millones de personas que viven su sexualidad merced a toda una variedad de modos, diferentes, placenteros y por lo general inocuos. Contra ese discurso de la verdad, (...) existe una posibilidad más humana de acoger, en lugar de rechazar, la diversidad; de aprender a vivir con

*la inmensa variedad de seres humanos que existe, y de desarrollar una política basada más en el pluralismo democrático que en el fundamentalismo moral.*⁹²

Liberarse también pide alejarse de la llamada moral, que sólo jerarquiza en binario lo bueno/malo, negro/blanco, activo/pasivo, la/el unϕ/el/la otrϕ, construida alrededor del odio de la/del otrϕ y en oposición intrínseca con la condición humana – diversa en su singularidad, paradójica y compleja. Habría que reemplazarla más bien por la ética, reapropiada, centrada en el ser humano, su dignidad y su libertad, no en mitologías peligrosas. Poner en tela de juicio los saberes supuestos intocables permite abrir el conocimiento a otros sujetos, complejificarlo devolviéndole sus lazos y entonces simplificarlo; permite nadar libremente en nuevos prismas de reflexión y ante todo, trae la posibilidad de plantear el conocimiento desde un punto de vista no concluido, sino en movimiento, abierto, en constante transformación – paralelo a la condición humana.

*Todo saber tiene una colocación, y por lo tanto es parcial.*⁹³

Cuestionar y ante eso cuestionarse, también permite posicionarse en el movimiento del mundo, tomar su lugar de ser humano, participar en la creación de su realidad. Porque el cuestionamiento no sólo es un espacio de deconstrucción, sino también de construcción, de invención, de imaginación. Cuestionarse a sí mismϕ y también al/a la otrϕ – la/el suϕ y el/la otrϕ, permite descentrarse y por lo tanto tener la posibilidad de abrazar a la/al otrϕ y de generar utopías, que como Herbert Marcuse lo plantea, sólo lo son hasta que se realicen.

Marcuse piensa que las condiciones objetivas para la realización de la utopía están potencialmente dadas, pues está convencido de que los avances técnicos permiten eliminar, no sólo la miseria planetaria, sino también una buena parte del tiempo que dedican los hombres al trabajo alienado, y que la dificultad se muestra desde sus condiciones subjetivas de posibilidad. Si, tal y como defiende con Adorno y Horkheimer, es característica del estado de bienestar el haber convencido a todo el mundo de su beatitud y racionalidad, encuentra una fuerte dificultad para

⁹² Jeffrey Weeks, op. cit., p. 7

⁹³ Rosi Braidotti, *Nomadic subjects, Embodiment and sexual difference in contemporary feminist theory*, Columbia University Press, New York, 1994, pp. 17-18

*hallar un sujeto revolucionario, o más específicamente aún, un catalizador del mismo. Y este sujeto catalizador sólo puede ser buscado en los grupos marginales.*⁹⁴

L@s feministas son marginales, las mujeres ante eso, las lesbianas aún más, los gays, l@s bisexuales, l@s transgéneros, l@s artistas, el/la poeta marginal, tod@s – dependiendo del punto de vista. La creación artística es un medio subjetivo de comunicación muy potente: transmitiendo informaciones, emociones, se constituye testimonio, sin filtro, pero con la interpretación mediatrix permitiendo la conciliación, la subjetividad. La creación artística colorea la realidad cultural de otras posibilidades y cambiar las mentalidades también pasa por cambiar el paisaje, las imágenes, los colores. Lo propio de la/del marginal revolucionari@ es que ha recobrado su poder de creación, de proposición. Este poder de creación es intrínseco al ser humano, a menudo dormido, en la independencia de su conciencia, en su interioridad muda, en la cual puede luchar contra otros de sus fundamentos: su adaptabilidad, su desarrollo por mimetismo. Estos procesos son particularmente visibles en la sexualidad, por ser el lugar íntimo de creación espontánea de la identidad y a la vez el lugar de desarrollo de todas las interiorizaciones socioculturales limitadoras, estereotipadas, represivas. Cambiar el mundo empieza por cambiarse a sí mism@, en lo más íntimo, hasta reinventar su propio mimetismo. Así, las mujeres nunca conseguirán la igualdad general si no obtienen la igualdad sexual – en su identidad, sus relaciones, su educación, el conocimiento de su propio cuerpo; para poder substituir una sexualidad activa, creativa a una sexualidad que inscribe en ellas desde ya demasiado tiempo su «natural» pasividad. Liberarse es un movimiento hacia la libertad, hacia el/la otr@ también y por lo tanto hacia la felicidad; una construcción y una esperanza. Liberarse es crear el sentimiento de su libertad, oler su perfume leve y esparcir sus colores vivos.

*El sexo no es una fatalidad, es una posibilidad de vida creativa. (...) La identidad podría ser, al final, nada más que un juego, una estrategia para gozar de formas concretas de relaciones y placeres.*⁹⁵

⁹⁴ Gemma Vicente Arregui, «Sobre identidades naturales y diferencias culturales», op. cit., p. 295

⁹⁵ Jeffrey Weeks, op. cit., p. 334

Deseo, placer y goce de-limitados

*Todas las acciones humanas requieren un organismo, pero sólo parte de la sexualidad humana se refiere a acciones, e incluso esa parte sólo requiere un cuerpo de la manera que lo exige la interpretación pianística.*⁹⁶

Liberados de la fuerza de la naturaleza, los cuerpos pueden desligarse de los límites prefabricados, orientados, represivos de sus deseos, placeres y goces delimitados y más bien descubrir sus propios gustos. Además, la limitación de la sexualidad crea un deseo de transgresión, bipolarizando el deseo mismo hasta construir sociedades tan puritanas como excesivas, incapaces de encontrar justos medios. La sexualidad es un aprendizaje de la libertad. Cuando se piensa como espacio tiempo, a menudo se convierte en el lugar de la intimidad atemporal, donde los sentidos cambian, se mezclan, permiten olvidar por un momento el tiempo que ha durado. Si el ser padece profundamente de su paradoja originaria que vincula una complejidad identitaria infinita a su expresión efímera, del silencio entre él y el resto del mundo – estableciéndose conciencia del tiempo, y de su horizontalidad; la libido, según Lou Andreas-Salomé es su tabla de salvación, *como un oasis en un desierto*,⁹⁷ en el que puede recobrar su plena unidad lo interior y lo exterior, entremezclarse en la creación espontánea. Pero la libido es un espacio común que no sufre bipolarización, así que reencontrar su espontaneidad identitaria y sexual pasa por cuestionar la visión bipolarizada de la identidad sexual – visión que la despoja de su complejidad plural primaria y del polimorfismo inherente a su sexualidad y que lleva tristemente a hacer el amor en binario: media naranja contra media naranja, cada media mutilada de su otra propia media, buscando en la/el otrø la unidad que no reconoce en su propio cuerpo.

De-limitar su deseo y su placer pasa primariamente por reapropiarse estas nociones, adaptarlas entonces a su cuerpo modelable y substituir a las palabras los sentimientos. Porque el deseo, junto con el placer que puede engendrar, es el blanco de la opresión, ya que permite interiorizarla. De modo que la cultura del liso, sin pelo sin peso, que hoy en día orienta los cuerpos y sus deseos parece totalmente antitética con una cierta esencia – perfumada, del deseo. El deseo parece llamar un imaginario redondo, carnoso, salvaje, jadeante, cuerpos vivos a los cuales se puede agarrar. Sin

⁹⁶ Leonore Tiefer, op. cit., p. 42

⁹⁷ Lou Andreas-Salomé, *Aprendiendo con Freud*, Ed. Laertes, Buenos Aires, 2001, p. 139

mencionar de nuevo que el liso no puede ser una realidad humana, ya que el cuerpo humano vive, se mueve, se renueva, cambia. Las imágenes son lisas, no lo seres humanos. La cultura del liso así substituye al sentimiento del deseo su representación, hasta que los seres intenten convertirse en imágenes – de perfil. Pero entonces el cuerpo está despojado de su identidad, de su vida, usado como un receptáculo, una máquina, establecido objeto del deseo, cuando tendría que ser sujeto del deseo. La sociedad de las apariencias orienta los seres hacia una sexualidad de imágenes más que de sentimientos, convirtiéndola en una verdadera representación. La consideración de la desnudez también es elocuente, dado que basta para estimular los sentimientos de deseo, de intimidad, de posesión; substituye la imagen del cuerpo a su potencial creativo, a la singularidad de su expresión, a su vida. Además de la necesidad de librarse de la representación vacía, a la era de la genitalización de la sexualidad, la noción del tiempo parece primordial. La pornografía entre otros, ha contribuido a reducir la sexualidad a los contactos entre genitales, en primer plano, desatendiendo la parte *relación* de la relación sexual, reduciendo la creación a una representación bien rodada, que convierte el tiempo en rendimiento, en prestación, el deseo en necesidad y el goce en producto. Pero el sexo no tiene límite de tiempo, y hay muchas más fuentes de placer que los genitales, aún más de deseo. El órgano sexual de mayor extensión es la piel y el principal órgano sexual no se encuentra entre las piernas, sino entre las orejas. Porque mientras se estremece la piel, las emociones de placer suben y bajan del cerebro al sexo, pasando por el vientre, los labios. Porque la intimidad es también el lugar floreciente del amor, de este sentimiento compartido de felicidad, creador de sus propios retratos, inventando lo que bien puede significar *hacer el amor*.

La Liberación de la sexualidad como revolución moral y política

La liberación de la sexualidad pasará por cuestionar y abolir el heterocentrismo, doctrina arbitraria de jerarquización de la sexualidad y de su identidad, que impide aprehender la complejidad de género y el polimorfismo de la sexualidad, que perpetua las desigualdades de género – identitarias o sexuales. Y salir de la lógica heterocentrada, es deconstruir un pensamiento binario y su aplicación jerarquizada: el patriarcado. De hecho, el heterocentrismo es el mantillo del patriarcado. Ya que el ser humano es tan

cultural como su sexualidad, las relaciones entre mujeres y hombres, entre masculino y femenino, ganarían mucho en igualdad, complejidad y simplicidad liberándose de las normas sexuales. Las balanzas del poder sexualizado podrían equilibrarse. Se podría devolver al ser la riqueza de su complejidad identitaria, incluso de género, su tejido de elementos heterogéneos inseparablemente asociados, elementos femeninos, elementos masculinos, que contiene su potencial de creación subversiva, floreciente, su capacidad a la libertad y ante todo a la felicidad. El asunto es y será privilegiar la libertad. Para vivir felices en un mundo en crisis.

Si la sociedad industrial determina sacrificios y cambios en la vida sexual del ser, la liberación de la sexualidad implicaría una revolución moral y política.⁹⁸

Porque si la sexualidad es el lugar compartido de creación humana, donde todos los seres pueden ser creadores, pueden ser libres, entonces también es un terreno fecundo para la lucha contra la opresión, la injusticia y la reproducción. Y la liberación sexual, la lucha para la libertad de expresión sexual, no sólo es necesaria para permitir inventar relaciones sexuales más igualitarias, sino también para poder apropiarse el fundamento polimorfo, andrógino, bisexual, libre de determinación «natural» del ser humano.

Reapropiarse su sexualidad también necesita luchar contra el masoquismo impuesto por religiones sometiendo los individuos a su moral binaria e inscribiendo en sus cuerpos la culpabilización, la autoflagelación y la limitación de sus posibilidades, enseñándoles que hay que tender la otra mejilla: sometidos, mutilados, impedidos, prohibidos pero contentos, aun pidiendo más. Construir otro paradigma sexual, otro paradigma cultural, también permitirá despojarse ya de la primacía de la reproducción en la consideración sexual, ya que la reproducción es una consecuencia, no la causa. Esta idea reproductiva y heterocentrada además de limitar las prácticas y vaciar la sexualidad de su libertad, impide la valorización de la paternidad al mismo nivel que la maternidad. La madre sigue siendo considerada como la depositaria del lazo de parentesco, el padre como contingente. Este estereotipo también puede explicar la fogsidad contra la adopción por personas gays, porque si dos hombres pueden criar un(a) niño, bien significa que la madre puede ser tan contingente como el padre, que no prima el sexo, sino el amor. Recobrar el fundamento polimorfo de la sexualidad, el

⁹⁸ Gemma Vicente Arregui, «Sobre identidades naturales y diferencias culturales», op. cit., p. 295

fundamento andrógino y libre de los cuerpos, posibilitará entonces combinarse a su antojo, posibilitará construir un mundo donde sea posible la entrega absoluta al/a la otrø, más allá de las restricciones culturales e identitarias de géneros. Liberar las sexualidades hará posible la libertad singular, íntima y creativa pero también plural y compartida: la libertad humana. Y la mejor parte es que no sólo es una bella utopía, sino que basta con proyectarla, con aplicársela, con actuar y sentir para que se convierta en su realidad propia. Las realidades añadiéndose, se convertirá en revolución social, moral y política. Además, la libertad es tan ligera como el aire y cuando se abre un poco las ventanas, rápidamente desprende su perfume de felicidad.

CONCLUSIÓN

En la sexualidad de los géneros, cuerpos andróginos buscan sexualidad polimorfa: para reunir la androginia intrínseca de su identidad con el polimorfismo de su aplicación singular. Pero no se oye muchas respuestas en el silencio de los discursos oficiales acerca de la sexualidad en las sociedades patriarcales occidentales. Más bien la presentan como el excitante Gran secreto y fomentan en el silencio su opresión. Porque los Grandes secretos son asuntos mitológicos, religiosos, de los cuales rápidamente tienden a derivar el autonombamiento de Gran representante de la naturaleza y de la trascendencia, la imposición de una moral patriarcal, heterocentrada y profundamente sexista, la bipolarización de los géneros y de la identidad sexual, la uniformización de la sexualidad, despojada de su libertad de creación al interiorizar su propia sumisión. El decorado además, no se presta mucho al encuentro en la sociedad de consumo de las apariencias, ya que tiende a substituir a la sexualidad su representación, no satírica sino prefabricada, normalizada, uniforme: la sexualidad de las imágenes. Pero la sexualidad también es el lugar privilegiado de la intimidad en la cual se desarrolla la interioridad, es la expresión sexual de la identidad, la más íntima y compartida a la vez, uniendo en su creación la ecuación humana que pone sobre un pie de igualdad la singularidad y la universalidad – así recobra sus fuerzas subversivas.

La sexualidad, dirigida y abierta por la educación sexual, crítica y libre, entonces se convierte en un medio de cambio potente, creador. Porque cuestionar la sexualidad interiorizada sin filtro permite cuestionar el sistema que la infundió, deconstruirlo, ponerlo en tela de juicio y recobrar su propio poder de creación, de participación, de proposición, de cambio. Así, reapropiarse su sexualidad, crearla eligiendo o rechazando elementos, deseos, gestos en la diversidad de sus posibilidades, aun a veces inventando, es fomentar su liberación – que multiplicándose por la/el otrø ya puede engendrar una revolución social, sexual, moral y política – el advenimiento de un nuevo paradigma, centrado en el humano, y su felicidad, teniendo el perfume embriagador de la libertad. La sexualidad, como el arte, permite al ser recobrar su libertad de creación, armonizar su interior y su exterior y crear su propia pintura de la realidad y del goce. Por último, que quede claro: el ser humano es un ser cultural, el sexo no es un acto natural, hay que diluir la miel con agua si sólo se quiere dulzura, la sexualidad existe en prácticas no en

teoría y crea su propia libertad – cuando está cuestionada, educada, banalizada y devuelta a sus propietarios legítimos. Y la educación sexual es primordial: para permitir el desarrollo libre, crítico de identidades sexuales andróginas y de sus deseos, otros que procreadores y por lo tanto protegidos y polimorfos; para reapropiarse su cuerpo, para amarlo, liberado de modas inhumanas, represivas, dolorosas y fomentando la uniformización de los seres; para salir finalmente de la naturaleza y entrar en la humanidad, y en camino ¿por qué no? encontrarse con la cantautora franco-lituana GiedRé y cantar a grito pelado con ella su aprensión de la maternidad:

Se puede ahogarlos

Se puede asfixiarlos

Se puede quemarlos

Se puede congelarlos

Pero el mejor medio de evitarlos

Es de protegerse

Viva los condones

Viva los DIU

Viva la píldora del día después

Viva el método de la retirada

Se puede agujerearlos

Con una aguja de tejer

Se puede tirarlos contra la pared

Se puede meterlos en la basura

Pero el mejor medio de evitarlos

Es de protegerse

Viva la felación

Viva el sexo anal

Señoras la menopausia

Tiene también sus ventajas

Hay unos que los venden

Que los mandan en Tailandia

Pero aún sin buscar tan lejos

En Bélgica lo hacen muy bien

*Se puede disecarlos
Como decoración de chimenea
Se puede descuartizarlos
Para salvar los gran quemados

Pero el mejor medio de evitarlos
Es de protegerse
Viva los condones
Viva los DIU
Viva la píldora del día después
Viva el método de la retirada
Viva la felación
Viva el sexo anal
Señoras la menopausia
Tiene también sus ventajas*

GiedRé, Oda a la contracepción⁹⁹



Keith Haring, Safe sex, 1988

⁹⁹ GiedRé, *Ode à la contraception*, dans *Mon premier album genre panninni*, 2012

BIBLIOGRAFÍA

- ANDREAS-SALOMÉ Lou, *Aprendiendo con Freud*, Ed. Laertes, Buenos Aires, 2001
- AUZÉPY Marie-France & CORNETTE Joël, *Histoire du poil*, Éd. Belin, Paris, 2011
- BADINTER Élisabeth, *XY De l'identité masculine*. Éd. Odile Jacob, coll. Le Livre de poche, Paris, 1992
- BARTHES Roland, «Le Mythe, aujourd'hui», dans *Mythologies*, Éd. du Seuil, Paris, 1957
- BAUDRILLARD Jean, *La Société de consommation, Ses mythes, ses structures*, Éd. Gallimard, Paris, 1974
- BEY Maïssa, *Au commencement était la mer*, Éd. de L'Aube, coll. Poche, La Tour d'Aigues, 2003
- BOURDIEU Pierre, *La Domination masculine*, Éd. du Seuil, coll. Points, Paris, 1998
- BRAIDOTTI Rosi, *Nomadic subjects, Embodiment and sexual difference in contemporary feminist theory*, Columbia University Press, New York, 1994
- BRUCKNER Pascal & FINKIELKRAUT Alain, *El Nuevo desorden amoroso*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1989
- CALIFIA Patrick, «Feminism and sado masochism», in *Heresies Magazine: A feminist publication on Art & Politics*, Vol. 3, n°4, Issue 12, Sex issue, New York, 1981
- COLL-PLANAS Gerard, *La Voluntad y el deseo, La Construcción social del género y la sexualidad: el caso de lesbianas, gays y trans*, Ed. Egales, Barcelona/Madrid, 2010
- COLOMER Teresa, «A favor de las niñas, El Sexismo en la literatura infantil», *Revista Cuadernos de literatura infantil y juvenil*, n°57, Barcelona, 1994
- COWARD Rosalind, *Patriarchal precedents, Sexuality y social relations*, Ed. Routledge & Kegan Paul, London, 1983
- DE AMORGOS Semónides, *Yambo de las mujeres*, Siglos VII-VI a. C.
- DE BEAUVOIR Simone, *Le Deuxième sexe*, Vol. 2, Éd. Gallimard, Paris, 1965
- DE MIGUEL Ana, «Feminismos», en *10 palabras clave sobre Mujer*, Dir. Celia Amorós, Ed. Verbo Divino, Estella, 1995
- DE PIZAN Christine, *La Cité des dames*, Éd. Stock, coll. Moyen-Âge, Paris, 1986
- DEBORD Guy, *La Société du spectacle*, Éd. Buchet/Chastel, Paris, 1967
- DELPHY Christine, *L'Ennemi principal II, Penser le genre*, Éd. Syllepse, coll. Nouvelles questions féministes, Paris, 2001

- DI BERNARDO Filippo Giuseppe, *La Insurrección de Lilith*, Ed. Arcibel, Sevilla, 2009
- DWORKIN Andrea, *Pornography, Men possessing women*, Ed. Penguin Books, New York, 1981
- ENSLER Eve, *Les Monologues du vagin*, Éd. Denoël, coll. & d'ailleurs, Paris, 2005
- FAUSTO-STERLING Anne, Traducción de Ambrosio García Leal, *Cuerpos sexuados, La Política de género y la construcción de la sexualidad*, Ed. Melusina, Santa Cruz de Tenerife, 2006
- FERNÁNDEZ AGÍS Inmaculada, «Identidad sexual, diversidad sexual y dimensiones de la sexuación», en *Educación para la salud sexual*, Dir. Rosa María Zapata Boluda, Universidad de Almería, Almería, 2008
- FOUCAULT Michel, *Histoire de la sexualité I, La Volonté de savoir*, Éd. Gallimard, coll. Tel, Paris, 1976
- FREUD Sigmund, Traducción de José Luis Etcheverry, «Conferencia 33. La Feminidad», en *Obras completas de Sigmund Freud*, Vol. XXII, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936)*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires/Madrid, 1979
- GALLOP Jane, *Feminism and psychoanalysis, The Daughter's seduction*, Ed. Macmillan, London, 1982
- GIEDRÉ, *Ode à la contraception*, dans *Mon premier album genre panninni*, 2012
- GIBRAN Khalil, *Le Prophète*, Éd. Casterman, Bruxelles, 1956
- HOMERO, *Odisea*, Traducción de Fernando Gutiérrez, Ed. Planeta, col. Booket, Barcelona, 2004
- KINSEY Alfred Charles, POMEROY Wardell Baxter & MARTIN Clyde Eugene, *Sexual behavior in the human male*, Ed. Indiana University, Bloomington, 1948
- KINSEY Alfred Charles, POMEROY Wardell Baxter, MARTIN Clyde Eugene & GEBHARD Paul Henry, *Sexual behavior in the human female*, Ed. Indiana University, Bloomington, 1953
- LORDE Audre, *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*, Ed. horas y HORAS, Madrid, 2003
- LUCAS MATHEU Manuel, «Presente y futuro evolutivo del hecho sexual humano», en *Educación para la salud sexual*, Dir. Rosa María Zapata Boluda, Universidad de Almería, Almería, 2008
- MARCUSE Herbert, *El Hombre unidimensional*, Ed. Ariel, col. Filosofía, Barcelona, 1987

MEAD Margaret & MÉTRAUX Rhoda Bubendey, *Margaret Mead: Some personal views*, Ed. Angus & Robertson, Sydney, 1979

MORIN Edgar, *Introduction à la pensée complexe*, Éd. ESF, Paris, 1990

NIETO José Antonio, «De la construcción social del sexo, algunos comentarios», en Leonore Tiefer, *El Sexo no es un acto natural, y otros ensayos*, Ed. Talasa, col. Hablan las mujeres, Madrid, 1996

ONUFER CORRÊA Sonia & MUNTARBHORN Vitit (Dir.), *Principios de Yogyakarta. Principios sobre la aplicación de la legislación internacional de derechos humanos en relación con la orientación sexual y la identidad de género*, 2007

PLATON, Traduction de Luc Brisson, *Le Banquet*, Éd. Flammarion, coll. GF, Paris, 1999

PLATON, Traduction de Georges Leroux, *La République*, Éd. Flammarion, coll. GF, Paris, 2004

RIMBAUD Arthur & VERLAINE Paul, *Soneto del hueco del culo*, en el *Álbum zutique* del Círculo de los Zutistas, Paris, 1872, en *Album zutique: présentation, transcription typographique et commentaires*, Dir. Pascal Pia, Éd. Slatkine, Genève, 1981

RUBIN Gayle, «El Tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo», *Revista Nueva Antropología*, Vol. VIII, n°30, México, 1986

SAMPEDRO José Luis, *El Amante lesbiano*, Ed. Random House Mondadori, col. Debols!llo, Barcelona, 2011

SÁNCHEZ CARRIÓN Carmen, «La sexualidad en jóvenes, El disfrute de la sexualidad», en *Educación para la salud sexual*, Dir. Rosa María Zapata Boluda, Universidad de Almería, Almería, 2008

SARTRE Jean-Paul, *L'Existentialisme est un humanisme*, Éd. Gallimard, coll. Folio/Essais, Paris, 1996

TIEFER Leonore, *El Sexo no es un acto natural, y otros ensayos*, Ed. Talasa, col. Hablan las mujeres, Madrid, 1996

VICENTE ARREGUI Gemma, «De la sexualidad originaria al sexo originado, Aportaciones del psicoanálisis al feminismo», *Thémata Revista de filosofía*, n°35, Sevilla, 2005

VICENTE ARREGUI Gemma, «Sobre identidades naturales y diferencias culturales», *Thémata Revista de filosofía*, n°89, Sevilla, 2007

VICENTE ARREGUI Gemma, «La Sexualidad femenina y la sexualidad burguesa», en *El Sexo y el género en la antropología filosófica*, VIII Congreso Internacional de la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica, Madrid, 19 de septiembre de 2008

VIÑUALES SARASA Olga, *La Cadena simbólica, Relación entre sexo, género, prácticas sexuales y orientación sexual*, 2008

WEEKS Jeffrey, *El Malestar de la sexualidad, Significados, mitos y sexualidades modernas*, Ed. Talasa, col. Hablan las mujeres, Madrid, 1993

WITTIG Monique, *El Pensamiento heterocentrado*, 1978

WITTIG Monique, *A propósito del contrato social*, 1987